



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

— Hemos venido por Paris, hemos atravesado el San Gothardo, Italia, Brindisi, el Mediterráneo y no creo persistas en asegurar que el vapor de las Mensajerías nos haya dejado en London-Bridge, después de ocho días de travesía, en vez de dejarnos en el puente de Galata.

— Sin embargo.... — se aventuró á decir Bruno.

— Es más, te ruego que en presencia de mi amigo Keraban no te permitas chanzas semejantes; podría tomarlas á mal y disentir, y obsecarse.

— Ya tendré cuidado, señor; pero ya que es imposible refrescar aquí, creo que no habrá inconveniente en encender la pipa. ¿No creéis lo mismo, señor?

— Tal creo, Bruno, y como mercader que soy de tabaco, nada me es tan agradable como ver fumar á todo el mundo; llego hasta el punto de sentir que la naturaleza no nos haya dado más que una boca. Verdad es que pueden aprovecharse las narices para absorber el tabaco convertido en vapor.

— Y los dientes para masticarlo — añadió Bruno, llenando su enorme pipa de porcelana.

Un momento después, la pipa ardía convenientemente, y de la boca de Bruno se escapaban, con gran satisfacción de éste, espesas bocanadas de humo.

Pero en aquel mismo instante los dos turcos, que habian protestado de un modo tan singular contra las abstinencias del Ramadán, volvieron á aparecer en la plaza. Uno de ellos, precisamente aquel que habia encendido su cigarrillo, saltando por encima de las prescripciones de la ley mahometana, fué quien apercebido á Bruno con la pipa en la boca.

— Por Alah! — dijo á su compañero. — Ha ahí á uno de esos malditos extranjeros que se atreven á infringir el Koran. No lo sufriré.

— Apaga, al ménos, tu cigarrillo — le respondió su compañero.

— Si, tienes razon.

Y al decir esto arrojó el cigarrillo, y se dirigió en

lions recta hacia donde se hallaba el holandés, quien no se esperaba, ciertamente, una tan brusca interpretación.

— ¡Después del cañonazo! — dijo con aire irritado el turco, arrancando al propio tiempo la pipa de los labios de Bruno.

— ¡Ah, mi pipa! — dijo este último, al cual su amo tratada vanamente de contener.

— ¡Después del cañonazo, perro cristiano!

— Más perro eres tú, turco musulmán.

— Cabina, Bruno, calma — dijo Van Mitten.

— Al menos que me devuelva mi pipa — replicó Bruno.

— ¡Después del cañonazo! — repitió por última vez el turco, haciendo desaparecer la pipa entre los pliegues de su caftán.

— Ven, Bruno — dijo entonces Van Mitten: — es necesario no herir las creencias ni las costumbres de un país al cual se visita.

— Si, sí, buenas costumbres te dé Dios; costumbres de ladrones — contestó iracundamente Bruno.

— Vamos te digo. Mi amigo Keraban debe hallarse en esta plaza á las siete ó poca antes. Continuárenos nuestro paseo, y ya le encontraremos á su debido tiempo.

Van Mitten arrojó, por decirlo así, á Bruno, cuyo desprecio no reconocía límites desde que, de un modo tan violento, le habían arrancado su pipa, hacia la cual, como amante á los verdaderos fumadores, sentía un poco de apego.

Los dos turcos quedaron solos, y el que acababa de arrebatar á Bruno su pipa dijo á su compañero:

— En verdad que estos extranjeros se permiten todas libertades...

— ¡Hasta se permiten fumar antes de la puesta del sol!

— ¿Quieres fuego? — añadió el otro.

— Con mucha gusto — le contestó el compañero encendiendo su cigarillo.

II.

EN EL QUE EL INTENDENTE SCARPANTE Y EL CAPITÁN YARBUD HABLAN DE PROYECTOS QUE CONVIENE CONOCER.

En el instante mismo en que Van Mitten y Bruno seguían el muelle de Top-Hané, del lado del primer puente de barcas de la Validli Sultana, que pone en comunicación á Galata con la antigua Stambul á través del Cuerno de Oro, un turco volvía rápidamente la esquina de la mezquita de Mahmud y se detenía en la plaza.

Acababan de dar las seis. Por cuarta vez, durante el día, los muezzines se asomaban á los balcones de los minaretes, cuyo número, en las mezquitas de fundación imperial, no es nunca menor de cuatro. Sus voces habían resonado por encima de la ciudad, llamando á los fieles á la oración, y lanzando al espacio la consagrada fórmula de: *¡La Ilah il Allah vé Mohamed result Allah!* (No hay más Dios que Dios y Mahoma su profeta.)

El turco se volvió un instante, dirigió su vista

hacia los pocos paseantes que por la plaza circulaban, inspeccionó con visibiles muestras de impaciencia el eje de las calles que descubocaban en aquella, cual si tratara de ver llegar una persona, que, sin duda alguna, aguardaba.

— ¡Ese Yarbud no llegará nunca! — murmuró, — Sabes, sin embargo, que debe encontrarse aquí á la hora convenida.

El turco dió algunas vueltas por la plaza, llegando á avanzar hasta el ángulo norte del cuartel de Top-Hané, miró del lado de la fundición de cañones y después de golpear repetidas veces el suelo con uno de sus pies, en prueba de lo poco grato que le era el aguardar, se dirigió hacia el café donde, momentos antes, Van Mitten y su criado habían tratado vanamente de refrescar.

El turco fué á colocarse al lado de una de las mesas vacías, y se sentó sin reclamar servicio alguno del casualmente observador escrupuloso de los ayunos del Ramadan, sabiendo que no era llegada la hora de despaquar ninguna de las variadas bebidas otomanas.

El consabido turco era nada menos que Scarpante, intendente del señor Saffar, rico otomano que habitaba en Trebizonda, esa parte de la Turquía asiática en la que se forma el mar del sur Negro.

Viajaba por entonces el señor Saffar á través de las provincias meridionales de Rusia, y después de visitar los distritos del Cáucaso debía volver á Trebizonda, no habiendo en solo momento que su intendente hubiese llegado á obtener un completo éxito en una empresa que muy especialmente le había encomendado. Scarpante, una vez recibida su comisión, debía reunirse con Saffar en el palacio de este último, donde se desplegara una magnificencia y no fuese digno tan sólo de una riqueza oriental, pues hasta los carruajes de su dueño eran citados en la ciudad como modelo de la más perfecta elegancia é imitado lujo. El señor Saffar trataba en todas ocasiones de hacer patente el poder que el dinero le proporcionaba, y basado en esto no hubiera jamás tolerado que un hombre al cual el emperador ordenado vencer, resultase vencido: obraba, en fin, en toda y por todo, con la misma ostentación de un nabab del Asia Menor.

En lo que respecta al intendente, era un hombre ágil, capaz de todo género de empresas, sin que en ellas le hubiese retroceder obstáculo alguno: se hallaba, en fin, siempre dispuesto á satisfacer los deseos de su amo. Con dicho propósito acababa de llegar aquel día á Constantinopla para acudir á una cita convenida con cierto capitán maltés, tan buen sujeto, poco más ó menos, como el mismo Scarpante.

El susodicho capitán, llamado Yarbud, mandaba una pequeña embarcación, la *Güdaré*, en la que habitualmente hacía su viaje al mar Negro. Unía á su comercio de contrabando otro no ménos digno de castigo; el de esclavos negros traídos del Sudán, Etiopía ó Egipto, y el de circasianas ó georgianas, cuyo mercado se halla precisamente situado en el barrio de Top-Hané, á ciencia y paciencia del gobierno, que hace de muy buen grado la vista gorda.

Yarbud no llegaba y Scarpante, aunque á primera vista permaneciese impassible, se hallaba, sin embar-

go, dominado en su interior por una cólera sorda que hacía hervir su sangre.

—Habrá sobrevocado algún accidente á ese perro? — murmuró. —Ha delódo saliv de Odessa anteayer, y ya debiera hallarse aquí, en esta plaza, en este café y á esta hora, que es la convenida para la cita....

En este momento un marino maltés apareció en el ángulo del molle. Era Yarbud: miró á todos lados y por fin divisó á Scarpante; éste se levantó en seguida,

abandonó el café y fué á reunirse con el capitán de la *Guidare*, en tanto que algunos transeúntes, más numerosos que ántes, pero siempre silenciosos, iban y venían de un lado á otro de la plaza.

—No tengo costumbre de aguardar, Yarbud— dijo Scarpante con un tono cuya significación no ofrecía la menor duda,

—Perdonadme, Scarpante, pero me he apresurado todo lo posible por ser exacto á la cita.



La Mezquita Mahmud en Constantinopla.

—¿Llegas ahora mismo?

—En este instante, conducido por el ferro-carril de Yarbud á Andrinópolis, y si el tren no hubiese sufrido retraso....

—¿Cuándo has salido de Odessa?

—Anteayer.

—¿Y tu barco?

—Me aguarda en el puerto de Odessa.

—¿Estás seguro de la tripulación?

—Completamente seguro; son malteses como yo, y fieles, además, con quien les paga generosamente.

—¿Te obedecerán?

—En todo y por todo.

—¿Bien! ¿Y qué noticias me traes, Yarbud?

—Buenas y malas á la vez—respondió el capitán bajando un tanto la voz.

—Pues sepamos primero las malas—dijo Scarpante.

—La jóven Amasia, hija del banquero Selim, de Odessa, debe casarse en breve, y su rapto ocasionará más dificultades y apresuramiento, visto que su matrimonio está ya, no tan sólo decidido, sino también próximo.

—¿Ese matrimonio no se llevará á efecto, Yarbud!

—exclamó Scarpante elevando su voz más de lo necesario.— ¡Juro por Mahoma que no se efectuará!

—No he dicho ya que se efectúe, Scarpante, sino que deba efectuarse.

—Sea —replió el intendente;— pero antes de tres días quiere el señor Saffar que esa jóven sea embarcada con dirección á Trebizonda, y él tú lo juzgues imposible....

—Tampoco he dicho que eso sea imposible; nada lo es con audacia y denuedo; lo que solamente es lo dicho es que ofrecería dificultades; he ahí todo.

—¡Dificultades! —respondió Scarpante.— ¡No será la primera vez que una jóven turca ó rusa haya desaparecido de Odessa abandonando el hogar paternal.

—Y no será la última —añadió Yarlud—ó el capitán de la *Guidare* habría por completo olvidado su oficio.

—¿Quién es el hombre que tan en breve debe casarse con la jóven Amasia? —preguntó Scarpante.

—Un jóven turco, de la misma raza que ella.

—¿Un turco de Odessa?

—No, de Constantinopla.

—¿Y se llama?...

—Ahmet.

—¿Quién es ese Ahmet?

—Es sobrino y heredero único de un rico negociante de Galata, del señor Keraban.

—¿Á qué se dedica el señor Keraban?

—Al negocio de tabacos, en el que ha ganado una gran fortuna. Tiene como correspondiente en Odessa al banquero Selim. Hacen unidos importantes negocios y se visitan con frecuencia; en una de dichas visitas Ahmet ha conocido á Amasia, y después, el padre de ésta y el tío de aquél han convenido la boda.

—¿Dónde debe tener lugar el casamiento? ¿aquí, en Constantinopla?

—No, en Odessa.

—¿En qué época?

—No lo sé; pero es de temer que, á instancias de Ahmet, se verifique de un día á otro.

—Así, pues, no tenemos que perder ni un solo instante.

—Ni siquiera uno.

—¿Dónde se halla ahora Ahmet?

—En Odessa.

—¿Y Keraban?

—En Constantinopla.

—Durante el tiempo trascendido entre tu llegada á Odessa y tu partida, ¿has tenido ocasión de ver á ese jóven?

—Tendría interés en verle y conocerlo, Scarpante.... y... ya le he visto y lo conozco.

—Dame algun pormenor sobre su persona.

—Es un hombre á propósito para gustar á las mujeres, y, por lo tanto, ha gustado á la hija del banquero Selim.

—¿Es hombre de tomar?

—Dices que es muy bravo y muy resuelto, y en este asunto creo que tendríamos que habérmoslas con él.

—¿Es independiente por su posición, por su for-

tuna? —preguntó Scarpante que insistía en averiguar los rasgos más salientes del carácter de Ahmet, cuya personalidad le infundía alguna inquietud.

—No, Scarpante —respondió Yarlud;— Ahmet depende de su tío y tutor, el señor Keraban, que le ama como á un hijo, y que debe ir en seguida á Odessa para la terminación del contrato de boda.

—¿No podríamos por ventura retrasar el viaje de ese señor Keraban?

—Eso sería lo mejor, porque no daría tiempo para obrar, pero ¿cómo conseguirlo?

—Tú debes pensar en ello, Yarlud —respondió Scarpante;— pero es preciso que la voluntad del señor Saffar se cumpla, y que la jóven sea trasladada á Trebizonda. No será la primera vez que la *Guidare* ha visitado por cuenta propia el litoral del mar Negro; por otra parte, tú ya sabes como pago los servicios....

—Lo sé muy bien, Scarpante.

—El señor Saffar ha visto á esa jóven en su casa de Odessa un instante no más, y se ha prendado de su belleza; así, pues, ella no tendrá por qué arrepentirse al cambiar la casa del banquero Selim por el magnífico palacio de Trebizonda. Se procederá, por lo tanto, al rapto de Amasia, si no por tu conducto Yarlud, será por el de otro cualquiera.

—¡Podéis contar que será por el mío! —contestó el capitán maltés.— Y, ahora, continuó, que os ha dicho las malas noticias, voy á daros á conocer las buenas.

—Habla —dijo Scarpante, el que, después de dar algunos pasos con aire reflexivo, volvió cerca de Yarlud.

—Si el casamiento proyectado, hace más difícil el rapto de la jóven, supuesto que Ahmet no la abandona un momento, me proporciona, al menos, la ocasión de penetrar en la casa del banquero Selim y os diré de qué modo. Como sabéis, á más de mi condición de capitán, poseo también la de traficante, y dentro de la *Guidare* se encierra un rico cargamento de telas de seda, pieles de mará y de cibelina, brocado aliamantado, pasamanerías fabricadas por los más hábiles tiradores de oro del Asia Menor, y por fin, cien otros objetos que pueden muy bien excitar la codicia de una jóven próxima á casarse. Con este pretexto, puedo, valiéndome de mi habilidad, hacer que vaya á visitar el buque, y una vez en él, aprovechando un viento favorable, hacerme á la mar antes de que puedan apercibirse del rapto.

—Muy bien pensado, Yarlud —dijo Scarpante— no dudo que obtendrás un feliz éxito; pero no olvides un solo instante de que toda ese plan debe ir acompañado del más profundo secreto.

—Nada teméis, Scarpante.

—¿Te hace falta dinero?

—No, y no me faltará nunca con un señor tan generoso como el vuestro.

—¡Pues no perdamos el tiempo! porque una vez verificado el enlace, Amasia será la mujer de Ahmet, y no es seguramente á una mujer ya casada á quien el señor Saffar trata de hallar en Trebizonda.

—Eso se comprende.

—Por lo tanto, en el momento en que la hija del banquero Selim se encuentre á bordo de la *Guidare*, llevarás anclas, ¿no es cierto?...

—Sí, porque antes de poner manos á la obra procuraré aguardar alguna brisa segura y favorable del Oeste.

—¿Cuánto tiempo necesitas para ir directamente desde Odessa á Trebizonda?

—Contando con todo género de retrasos, calmas

del estío ó los cambios de vientos, tan frecuentes en el mar Negro, puede durar la travesía unas tres semanas.

—¡Bien!—respondió Scarpante.—Hacia esa época yo me hallaré de regreso en Trebizonda, donde mi amo no tardará en seguirme.

—Yo espero llegar antes.

—Las órdenes del señor Saffar son expresas, y te prescriben todas las atenciones posibles hacia esa



Cuento con tu celo, Yarhad.

joven. ¡Cuando se halle á bordo, nada de brutalidades ni de violencias!...

—Será respetada como lo desea el señor Saffar, y como lo sería él mismo.

—¿Cuento con tu celo, Yarhad!

—Os pertenece por entero, Scarpante.

—También cuento con tu destreza.

—Ciertamente, pero no os ocultaré que hubiera estado más seguro del éxito, si ese matrimonio sufriese algún retraso, y podría haberlo si se opusiese algún obstáculo á la inmediata partida de Keraban!

—¿Conoces tú á ese negociante?

—Es preciso conocer siempre á los enemigos ó á los que deben de llegar á serlo—respondió el maltés;—asi, pues, mi primer cuidado al llegar aquí ha sido presentarme en su despacho de Galata, bajo pretexto de negocios.

—¿Y le has visto?

—Un instante no más, pero ha sido lo suficiente; y....

En este momento Yarhad se aproximó vivamente á Scarpante, diciéndole en voz baja:

—¡Scarpante! la casualidad nos depara un feliz encuentro.

—¿Qué quieres decir?

—¿Veis aquel hombre grueso que baja por la calle de Pera, acompañado de su sirviente?

—¡Cómo! ¿Es él?

—El mismo—respondió el capitán—; sepáramos de aquí, y no le perdamos de vista! Sé que todas las noches vuelve á su casa de Scutari, y si es preciso, le seguiré hasta el otro lado del Bósforo para indagar si cuenta algún suceso.

Serpante y Yarbud se confundieron entre los transeúntes, cuyo número iba aumentando en la plaza de Top-Hané, procurando ponerse á suficiente distancia para ver y oír, cosa fácil, por otra parte, porque el «señor Keraban» (así se le llamaba habitualmente en el barrio de Galata), hablaba en alta voz, y no trataba de ocultar su importante personalidad.

III.

EN EL QUE EL SEÑOR KERABAN SE SORPRENDE VERDADERAMENTE AL ENCONTRARSE CON SU AMIGO VAN HETTEN.

El señor Keraban, viéndenos de una expresión moderna, era un hombre de apariencias tanto en lo físico como en lo moral; representaba cuarenta años, por su fisonomía, y obviamente, lo ménos, por su corpulencia; aunque, en realidad, no tenía más que cuarenta y cinco: su rostro, rodeado de una barba gris algo corta y abierta, respiraba inteligencia, reflejándose ésta sobre todo en sus ojos, cuya mirada incisiva, penetrante, era tan sensible á las más fugitivas impresiones, como pudiera serlo el péndulo de una balanza de precisión, apreciando las diferencias de la décima parte de un adarwe; nariz encorvada, aunque sin exageración; sus apretados labios dejaban ver al entreabrirse dos hileras de dientes, cuya blancura equidistaba el marfil; en su alta y espartosa frente, y entre las dos cejas, negras como el azabache, se dibujaba una arruga vertical, verdadero signo de preocupación del que la sustentaba. Dirémoslo, para concluir, que el aspecto general del personaje en cuestión era tan original, tan majestuoso, y, por decirlo así, tan personal y fuera de lo común, que bastaba verle una sola vez para no olvidarle jamás.

El traje del señor Keraban era el mismo de los antiguos turcos, hélos á las rancias costumbres del tiempo de los Janzaros; ancho y abultado turbanete, chaleco sin mangas, guarnecido de grandes botones facetados y de rica pasamanería de seda; un chal de la misma redonda su cintura y caía sobre su algo abultado vientre; y finalmente, por bajo de su magnífico y bien plegado calán, asomaban unos anchos pantalones, cuyos flotantes pliegos caían sobre los pabudj destaflete que calzaban sus pies. Nada, pues, de modas europeas, lo cual, como es consiguiente, contrastaba con el modo de vestirse de los nuevos orientales de la nueva época. Después de todo, era una manera de reclamar las invasiones del industrialismo, una protesta en favor del color local que tiende á desaparecer; un voto, en fin, á las órdenes del sultán Mahomad, cuya omnipotencia ha decretado el traje nuevo de los osmanlíes.

Íntimamente es añadir que el criado del señor Keraban,

hombre de veinticinco años, llamado Nizib, y cuya delgadez desparejaría á Bruno el holandés, llevaba asimismo el antiguo traje turco. Como en nada contrariaba á su amo, que era el más testarudo de los hombres, claro está que tampoco le hubiera contrariado en eso. Nialh era un fiel servidor, pero desprovisto en absoluto de ideas propias, pues repetía como un eco todas las frases finales del tonido negociante, y aseveraba anticipadamente todo cuanto éste decía; era el medio más seguro de ser siempre de la misma opinión que su amo y de evitarse uno de aquellas confusiones de los cuales el señor Keraban se mostraba siempre tan pródigo.

Ambos llegaron á la plaza de Top-Hané por una de las calles estrechas y tortuosas que descienden del arabal de Pera. Siguiendo su costumbre, el señor Keraban hablaba en alta voz, sin cuidarse de si pedían ó no oído.

—Que Allah nos proteja—dijo—pero en tiempo de los Janzaros cada cual tenía derecho de ir á su antojo, cuando llegaba la noche. ¡No, jamás me someteré á estos nuevos reglamentos de policía, ó iré por las calles sin la linterna en la mano, si así me urge! aunque tengan que caer en un barranco, ó me muerda algún perro las pantorrillas!

—Las pantorrillas!—respondió Nizib.

—Y no me cuentes los males con tus estúpidas reconvencciones, ó por Malakma te juro que voy á estirar tus orejas de modo que puedan causar envidia á mi amo!

—A un año!.....—repitió Nizib, quién, como el lector habrá observado, no se había permitido hacer la más ligera reconvencción á su amo.

—Si el jefe de policía me multa—continuó el testarudo Keraban—pagaré la multa, y si quiere que vaya á la cárcel, irá; pero no celebré un ápice ni en esto ni en nada.

Nizib hizo un signo de asentimiento; en caso necesario, se hallaba decidido á ser encarado en la cárcel con su amo.

—¡Ah! señores turcos modernos—exclamó el señor Keraban al ver pasar algunos habitantes de Constantinopla, vestidos de gaban y cubierta su cabeza con el fez ó gorro encarnado.—¡Ah! queréis hacernos perder nuestros antiguos usos y costumbres! Pues bien, aun cuando debiera ser el último en probar.... Nizib, ¿has advertido á mi caidji que se encuentre con un caigo al lado de la escalera de Top-Hané, á las siete en punto?

—¿A las siete en punto!

—¿Por qué no está todavía?

—¿Por qué no está todavía?—respondió Nizib.

—Quizás no serán las siete.

—No son las siete.

—¿Y tú que sabes?

—Lo sé, porque vos lo decís, señor.

—¿Y si yo dijese que son las cinco?

—Serían las cinco.

(Se continuará.)

LA REINA DE LOS LAGOS

LEYENDA DEL VALLE MEXICANO

POR EL CAPITAN MAYNE REID,

Una de ellas era de la bella; la otra, la de su hermana: los dos estaban de pie en el bote, y casi podía asegurarse que había largo tiempo, porque los remos permanecían inmóviles en el agua. Era evidente que habían estado presenciando nuestra parada, y hasta admirándola, puesto que sus facciones conservaban esta expresión. Hubrían visto indudablemente otras evoluciones de caballería, pero no con caballos tan hermosos ni con hombres que á ellos debían parecer gigantes. Un tropel de dragones mejicanos en sus diminutos caballos, al lado de la mía hubiera parecido un ejército de enanos. Venció que ya se había concluido la parada, el joven indio se sentó en su bote y empezó á remar; pero ella seguía de pie con sus ojos fijos en mí, y según yo creía, mirando con algún interés. Era la primera vez que yo recibía este gran favor, y positivamente pensé que había alguna razón para ello. Cualquiera que sea la mujer enyo yoor quiero conseguírsela, salvaje ó civilizada, es indudable que hay muchas más probabilidades de conseguirla si puede uno presentarse con el disfraz del dios de la guerra. Sin duda esto era lo que yo representaba á los ojos de la joven india; hubiera sido demasiado modesta en mí no admitir siquiera esta suposición. Hasta entonces ella no me había conocido más que como uno de sus muchos parroquianos, militares ó paisanos, que compraban sus flores, aprovechando la ocasión para decirle cuatro piropos mientras pagaban su póclica mercancía.

Ahora me veía á la cabeza de mis tropas, cincuenta muchachos guapos, con brillantes uniformes, que obedecían mis órdenes, moviéndose en todas direcciones, según mi voz de mando los indicaba. Era esto lo que me había valido aquellas miradas de interés, ó como yo hubiera podido suponer muy bien, de admiración. De cualquier modo que fuera, yo me sentí completamente feliz de lo que consideraba un gran triunfo. Espoleando al caballo hacia la oropina del canal y quitándome el ros la salud. No había flores en la barca, era al volver del mercado y, por supuesto, vanía vacía; así es que no sabía qué inventar para emprender conversación. Aun si el hermano no hubiese estado allí, hubiera encontrado más fácilmente algún pensero; pero él parecía impaciente por irse, y esto me desconcertaba más aún; Desagradecido! después de los muchos ramos que le había comprado y de la veintena de pesos que había pagado por ellos! Al fin, tuve una idea que esperaba le detendría. Dirigiéndome á la hermana, que era la mayor de los dos, le dije:

—Señorita, la envió á V. su casa sobre el agua, me han dicho que vive V. en una especie de isla flotante, un jardín con hermosas flores; debe ser un verdadero eden.

—¡Oh, señor!—respondió, pareciendo apenas comprender mi florido discurso— nosotros vivimos sobre una chinampa.

—Eso es, y precisamente una especialidad del país que yo deseo mucho conocer. Los jardines que hay aquí á lo largo del canal no son verdaderas chinampas; ¿no es verdad?

—Ciertamente que no están á flote.

Yo me refería á ciertos pedazos de forma regular, con unos estauques en medio, en los que se crían verduras, los cuales se extienden á lo largo del canal, á corta distancia del extremo más bajo del Paseo; pequeñas huertas de la capital de Méjico, que á los forasteros enseñan como chinampas.

—No son chinampas—dijo con énfasis el hermano de la joven, que por primera vez parecía tomar interés en la conversación.—¡Chinampas!—añadió con cierto movimiento de cabeza.—¡Por Dios! No, no son nada parecido.

Su amor propio por la profesión había sido herido indudablemente.

—Ya creía yo que no podían ser—fué mi respuesta, dicha con una dulzura propia para reconciliarle;—y ésta es la razón por que yo deseo ver despacio una verdadera chinampa.

—Pues, caballero—respondió el joven, que, como la mayor parte de los indios paches, hablaba español—para eso tiene V. que andar mucho. No hay ninguna más cerca de Xochimilco, y aun allí no hay muchas. Las mejores chinampas, créame V., son las nuestras y están en la laguna del Chalco; bastante lejos. ¡Ay, Dios! Lorite, esto me recuerda que debemos movernos, ó la noche nos sorprenderá primero que veamos el escalote Tostu. Buenas tardes, señor.

Diciendo lo cual empujó la barca vivamente. La hermana se sentó hacia el lado de fuera, y muy pronto estuvieron lejos de mí. Me sentí algo disgustado por aquella partida tan rápida; yo casi había llegado á esperar una invitación para visitar la ciudad flotante de la cual D. Tito era alcalde. Pero mi desengaño fué métoz duro de sufrir cuando vi á la bella volver la cabeza una, dos y hasta tres veces; una rama vino á interponerse y me dejó sin el placer de verla. ¡Al fin, al fin he llegado á su corazón! pensaba al caer en mi silla, con una dicha indesible.

CAPÍTULO IV.

EN BAÑO DE IMPRESION.

Mi entusiasmo no duró mucho tiempo. Muy pronto fué seguido de sentimientos bien opuestos. ¿Qué iba yo á hacer? Tratar por todos los medios posibles de conseguir el perdón de una niña inocente, libre hasta mil veces de toda mancha; ¿y con qué propósito? ¿eran buenas mis intenciones para ella?

Hasta aquel momento no se me había ocurrido nunca hacernos estas preguntas. No habiendo tenido la menor esperanza de conseguir mi objeto, me había fijado poco en las consecuencias y dificultades que venían todas de una vez á mi imaginación; pero ahora que creía ver un rayo de esperanza, venía á enfriar mi entusiasmo, haciendo en mi corazón el efecto de gotas de lúcal en una copa de dulce. Si la bella hubiera sido una coqueta, hubiera podido encontrar disculpa en mi conducta; pero parecía todo lo contrario, y por todo lo que de ella se decía era la personificación de la más sublime inocencia. Es verdad que algunos hacían ciertas insinuaciones respecto á su mejor ó peor conducta; pero eran rechazadas al momento como una impostura de las muchas que se complacían en divulgar esos mitos despreciables para los que la virtud de Lucrecia misma no es sino una falsa hipocresía.

Si más reflexiones me hacían daño por un lado, por otro producían buenos resultados, puesto que al dirigir mi caballo hacía más barrios había casi formado el propósito de no buscar nunca más la barca llena de flores que conducía á la Reina de los Lagos, y hasta, si era posible, procurar disminuir la pasión que me había inspirado....

Una voz de mujer dando gritos de angustia; hombres gritando también; terribles exclamaciones de ira. Todo esto al llegar al extremo del Paseo.

Las voces venían por el lado opuesto y más allá de donde acababa de separarme de la barca. Escasamente habrían pasado seis segundos, y no tardé muchos más en correr hacía allí, poniendo mi caballo al galope, hasta que pude ver el bote otra vez. Pero ahora no estaba solo. Otro estaba á su lado, ó más bien detrás, en el cual iban tres hombres. Desde el primer momento comprendí que los de la barca eran perseguidos, así como al primer golpe de vista pude convencirme de qué clase de hombres eran los perseguidores, que por su traje conocí en seguida. Estaban vestidos como los *rancheros*, siendo su principal distintivo una fraja encarnada que cubría la mitad de la copa de sus sombreros. Esta señal indicaba claramente que pertenecían á la partida llamada de los sombreros encarnados, ladrones de aquella época que servían á nuestro ejército de especie de batidores.

Lo que había sucedido era muy claro, al menos para mí. Los tres hombres habrían salido para dar un paseo por el canal, se habrían cruzado con la barca de las flores, y, obgros del tincho aguardiente que solían tomar, tenían gana de bromas con la hermosa bella. Era evidente que el jóven indio, al ver sus intenciones, había vuelto sus barcos y se venía hácia el Paseo para librarse de ellos. En el momento en que

ya los vi se acercaban al centro de una ancha salana de agua, especie de pantano por medio del que pasa el canal. La jóven continuaba gritando desesperadamente; su hermano gritaba también, pero con más ira que miedo. Ni los gritos de la una ni las amenazas del otro hacían efecto en los tres hombres de sombrero encarnado, que un instante despues, acercando su bote al de los jóvenes indios, le pasieron bastante cerca para poderse agarrar fuertemente á él. Uno de ellos entonces se inclinó hácia la jóven para apoderarse de ella, lo que hubiera conseguido si ella no se hubiera levantado y con la prontitud del rayo no se hubiera lanzado al agua; el jóven dejó sus remos y la siguió. Durante algunos segundos permanecieron bajo el agua, sufriendo ya la ansiedad consiguiente al suponerles en peligro de ahogarse; respiró al verlos aparecer en la superficie uno al lado del otro y, semejantes á dos nutrias, venir nadando hácia el banco.

Pero aún no estaban libres de los sombreros encarnados; el que había tratado de apoderarse de la jóven, habiendo saltado dentro de la ligera barquilla y tomando los remos abandonados por su dueño, los siguió, al parecer determinado á efectuar su propósito. Lo consiguió hasta cierto punto, pues la alcanzó en el momento de llegar al banco, donde estaba remolando la pobre bella, y con un brutal juramento saltó hácia ella; todavía otra vez hizo un esfuerzo para librarse de él y siguió huyendo; pero sus ropas mojadas, pegadas á sus piernas, la impedían andar, y á los tres ó cuatro pasos tropezó y cayó al suelo. No necesitaba correr más; cuando se levantó pudo ver que estaba ya segura, puesto que en este tiempo ya había llegado y torcí perfectamente cogido por el cuello al hombre del sombrero encarnado. En el primer momento pensé detenerle hasta que pudiera llamar algún guenché y hacerle llevar á nuestra prisión; pero despues, creyendo solo había sido todo efecto del aguardiente, decidí tomarme la justicia por mi mano, y propinarle un castigo más en consonancia con la clase del delito. Se me ocurrió darle una zambullida. Me había sin duda comunicado el espíritu de locura que les había impulsado á seguir á mi hermosa bella. Ya estaba todavía en la silla; mi caballo estaba en la orilla del canal, y el del sombrero encarnado delante de mí.

—Anógo mío — le dije riéndome — ¡tu bebido usted demasiado aguardiente; le conviene mucho mezclarlo con un poco de agua — y al decir esto le cogí por las piernas y le tiré al canal.

Todo esto fué hecho en ménos de un minuto; un momento despues volvió á aparecer en el lado opuesto; se acordó, me dirigió una mirada de ira, se reunió con sus dos compañeros que ya habían desembarcado, y los tres desaparecieron detras de unas ramas que había cerca de mí. Hasta entonces no comprendí yo lo mal que había hecho en dejarlo libre tan fácilmente. En la turbación y susto de aquellos momentos no me fijé en su cara; sólo me ocupé de sus hechos; pero cuando la miré bien despues al cruzar el canal, tenía un coño especial que le daba una expresión diabólica, y no sé por qué me pareció que no me

era desconocido. Era, en efecto, el hombre que tan rudamente me comió al preguntarme yo quién era la cidrañepa, vestido de un modo muy diferente en verdad, pero indudablemente el mismo.

—Sentía muy de vérsen habérselo dicho ir con un castigo tan ligero, recordando lo que el pelado me había dicho acerca de su amor por la bella india y lo que yo mismo había visto, se me ocurrió que tal vez su intención al apoderarse de ella no era tan sencilla como yo había creído. Era demasiado tarde para remediar el error. Por fortuna sabía donde vivían los del sombrero encarnado y podía vigilarlo, lo que me prometí hacer desde el siguiente día. Mientras yo permanecía con la vista fija en los tres hombres, sentí que me cogían la mano con unos dedos finos como la seda; después, algo más suave y dulce todavía: eran los labios de la joven que besaban mi mano.

—¡Gracias, salvador mío!— exclamó — ¡mil y mil gracias! ¡Nunca podré agradecer á V. bastante lo que acaba de hacer por mí! ¡Oh, amén!

—No hay que hablar de gracias — dije, respondiendo á los dos, porque su hermano también me daba las gracias al mismo tiempo. — La única que siento es haber dejado escapar á ese ladrón; si yo hubiera sabido quien era...

—¡Ay, señor!— respondió el joven interrumpidamente — es un hombre muy malo, un ladrón, como todos los que llevan la franja encarnada en los sombreros; pero V. lo sabía ya, nosotros no sabemos que era de ellos, porque le hemos visto vestido de otro modo enteramente distinto. No es la primera vez que ha resultado á mi hermano; ya lo ha hecho en varias ocasiones, en el mercado y en la calle, y lo ha hecho proposiciones bien desagradables. ¡Ah, señor, cuando fue alegre que le haya V. dado ese taño en el canal, bien merece eso y mucho más.

—Más tendrá á su debido tiempo, puede V. estar seguro de ello, ¿Pero como ha sucedido esto, los encontraron VV. en el canal, supongo?

—Sí, señor, venidos por un lado, en un gran bote, y en cuanto nos vieron se dirigieron hacia nosotros; yo le cogí al momento, á pesar de estar vestido de otro modo, y suponiendo que nada buena podía esperar de ellos, en la vuelta y tomé hácia aquí. ¡Ah! caballero, qué fortuna para nosotros que estuviere usted. No volverémos más á la ciudad mientras que...

—¡Oh! No tema V. nada en adelante, yo le aseguro á V. que muy pronto estará en un sitio seguro donde no podrá hacer ningún daño. Y ahora, señoría — dije dirigiéndome á la joven que, con su enagua chorreada y pegada al cuerpo, hacía recordar la estalpa de Drilling Nercid — no conviene que conserve V. esa humedad, porque podría V. enfermarse; si quiere V. venir á mi casa, es posible que encontremos alguna ropa seca con que lavar á usted.

Los dos se echaron á reír, muy admirados de mis tenores, y el hermano respondió:

—No necesita nada de eso, señor; Lorite no teme mojarse, ni yo tampoco; nosotros vivimos en los lagos, como V. sabe, y allí estamos tanto tiempo en el agua como fuera de ella. No hay nielo que se consi-

type por un baño como ésta, puede V. estar seguro de ello.

Entonces llamé que de mis hombres para que acesque el bote.

La barca se había ido alejando poco á poco y estaba ahora al otro lado del canal y á bastante distancia del sitio en que nosotros estábamos.

—¡Como, caballero!— exclamó con tono de muy sorpresa. — ¿Mandar un hombre que de esa vuelta para traer el bote? no hay necesidad de eso, como usted verá. Vén, Lorite, vámonos.

Oyendo esto se tiró al canal y su hermana le siguió, no sin haberse antes cogido la mano y puesto en ella su hermosa boca, con una expresión que me era solo de gratitud.

—Adios — dijo con un tono que parecía decir: mucho sentiría que fuese el último; y se dejó caer en el agua.

Con la mayor admiración los seguí mirando alejarse y nadar hasta la barca; sus largas trenzas, ahora desprendidas de su pequeña cabeza, flotaban en la superficie; parecía una sirena del mar. Bien pronto llegaron al bote, que una vez más emprendió el camino de las chinampas. Como la vez anterior, fué desapareciendo poco á poco, entrando en lo estrecho del canal, desde donde la joven volvió la cabeza como ántes; pero ahora con una mirada fija y continuada. Todas mis resoluciones desaparecieron como la niebla con el sol de estío, y me dirigí hacia mi casa resignado á continuar en mi estado; pero sin intención de coquetear con ella. Un pensamiento puro y santo se había apoderado de mí, y veía con placer que la escena de los ladrones había cambiado por completo mis sentimientos hacia la bella Reina de los Lagos.

CAPÍTULO V.

LA REVISTA DE LADRONES.

Como he dicho antes, los sombreros encarnados eran una partida de bandidos que habían sido tomados á nuestro servicio como batidores, y algunas veces eran empleados como escolta, por el principio aquel que dice: *guárdale con ladrones para librarle de ellos*. Fué una idea de nuestro jefe, general escocés, que tenía cierta inclinación por el estilo bufón, y un cierto parecido con D. Quijote. Ningun buen resultado de esta medida, y en cambio hubo algo que lamentar de tan buena sociedad. Además de ser una cosa desagradable para nosotros á los ojos de todo el mundo tener aquellos hombres, que eran casi tan malos como los salvajes, puesto que la partida de los sombreros encarnados eran verdaderos ladrones saltadores á caballo, ó lo que es lo mismo, bandidos.

Y había una partida de ellos completa, bien montados, armados con lanza, sable, carabina y pistolas, vestidos indistintamente, puesto que su único uniforme consistía en la franja encarnada de los sombreros, y aun ésta no la habían adoptado por gusto ni adorno, sino porque así se los había ordenado para evitar que nuestros soldados los confundiesen con los *guerrilleros*, á los cuales se parecían mucho, tanto que podían muy bien ser tomados por ellos. Todos

ellos eran bribones endurecidos, abandonados por Dios y por su patria, la cual habían, al fin, entregado vendiéndola en un doble sentido. Su jefe, un tal Domingo, llamado generalmente el Coronel, porque, en efecto, lo había sido en Méjico, era un hombre notable, de mediana estatura, más bien grueso, pero ágil sin embargo, moreno y con facciones pronunciadas: era el bello ideal de Mazzaróni, á él á Hermanno del Duhallo como de costumbre, tenía una historia de desgracias para explicar su situación presente, y bien puesto asegurar que tenía, en efecto, cualidades hercúleas, por ejemplo, un valor indomable, que tuvo ocasión de admirar más de una vez, puesto que mediaba entre nosotros una ligera amistad, por haberme presto mi debor en contacto con él. En esto precisamente consistía para realizar mi propósito. Mi plan era buscar entre sus hombres el que me había ofendido, arrestarlo, encausarle y castigarle por el ultraje. No era demasiado tarde para poder realizar mi proyecto, aquel mismo día, y cuanto antes mejor. Todavía era tiempo de coger aquel bribón antes que pudiera cambiar sus vestidos, y con ellos, mojados como estaban, podíamos sorprenderle, como si dijésemos, en flagrante delito. Así tomé uno de mis soldados, me dirigí hacia el sitio que ocupaban los de los sombreros encarnados, en uno de los arrabales situados al norte de la ciudad.

Dominguez me recibió con la misma gracia y firmeza que hubiera tenido Duhal con una diquesa, mientras la despojaba de sus pendientes, y en respuesta á mi petición me dijo:

—Con mucho gusto, capitán. Tendré el mayor placer en pasar revista á más brillantes soldados de lazo de V., aunque me temo que no encontrará V. el que busca entre ellos.

—¿Por qué lo cree V. así?

—Porque la descripción que V. ha hecho de él no corresponde con las señas de ninguno de mi partida.

—Pero, si estaba vestido como ellos, con la banda encarnada en el sombrero, y lo añado los dos que iban con él.

—Eso es muy posible, pero no significa nada. Como V. sabe muy bien, mis sombreros colorados gozan ahora de algunos privilegios con sus soldados de V., los cuales no se extienden á otros de igual profesión; por esta razón los invitan para que los confundan con los míos, y lo peor es que con esa conducta consiguen dar un mal nombre á mis *hombros* encarnados.

Con esta pequeña digresión el bandido puso cierto gesto que me hizo reír interiormente.

—Sin embargo — continuó — ahora verémos si el bandido á quien V. se refiere es un verdadero sombrero encarnado ó solamente una mala imitación. ¡Hola! aquí, Estimando, Toca para la *asamblea*.

El corneta tocó del mismo modo que hubiera podido hacerlo para reunir mis hombres.

Los soldadores establecieron el terreno de su parada, cuando, á una palabra de su jefe, se formaron en fila delante de nosotros. Podría haber unos sesenta; imposible reunir tres veintenas de figuras tan repugnantes. Era el tipo verdadero del bribón.

Todas las diferentes fases del bandido, desde el colorado cabero que se esconde sin apenas atreverse á alzar los ojos, hasta el descaroado ladrón que mira frente á frente, todos tenían allí un digno ejemplar.

—Y bien, caballero — dijo el jefe, después que hubo pasado mi revista — ¿ha encontrado V. al hombre?

—No — le respondí — no está entre ellos; ¿está aquí todos, coronel?

—Todos, con la excepción de los enfermos y algunos heridos en nuestro servicio, señor capitán. Puede V. pasar revista por el hospital, si V. gusta; aunque desde luego puedo asegurar á V. que el individuo que V. busca no está entre mis enfermos tampoco.

—No es necesario — le contesté; — me basta su palabra de V.

Y en efecto, estaba seguro, más que por lo que el jefe me aseguraba, por otras varias circunstancias, que ni el hombre que yo había visto en el canal ni sus dos compañeros pertenecían á la Sociedad de los sombreros colorados, y dejó el cuartel con poca esperanza de ver otra vez al bribón del canal, que con tanto afán había buscado.

CAPÍTULO VI.

LA CENA.

No estaba en lo probable que yo encontrase á la mascarada de los sombreros encarnados, y ménos probable era volver á ver al hombre que se llevó el reloj del capitán Moreno. Algunas veces, cuando lo veía, le daba esperanzas de encontrar su alhaja; pero en verdad que yo la había perdida, porque aunque la casualidad le pasase delante de mí á la luz del sol, me hubiera sido imposible reconocerle. En la capital de Méjico, y en particular en aquel tiempo, no había medio de recuperar los objetos robados. La policía regular del país había sido disuelta por varias razones, y nuestros soldados hacían sus veces; encargué á uno de éstos que lo buscara; hubiera sido lo mismo que poner á un perrito faldero en persecución de una zorra. Nunca se me ocurrió semejante cosa. Así es que había indicado al oficial mejicano mi intención de cumplir mi segunda condición.

Le mandé una invitación para la cena promovida, la cual debía ser aquella misma noche. Al dejar, pues, la barraca de los sombreros encarnados, me dirigí al sitio donde debía tener lugar, que era en la *Fonda del Espíritu Santo*. Según habíamos convenido, debíamos ser seis, y al llegar á la fonda encontre á los otros cinco que me esperaban. Muy lejos de disgustarme el cumplir mi palabra, me era muy agradable, puesto que me proporcionaba el medio de estrechar mis relaciones con el capitán Moreno, y tenía mucho gusto en mostrarme obsequioso con él, sin recordar que cumplía una pena impuesta por mi equivocación.

La reunión era un poco rara; tres oficiales americanos, mis dos convidados y yo, y tres mejicanos; porque los dos convictos de Moreno eran también militares, todos ellos prisioneros bajo palabra. Según todas las probabilidades nos habíamos batido hasta

unas tres semanas los unos contra los otros, con la buena voluntad cada uno de matar á su contrario. Ahora nos encontrábamos frente á frente, cenando amigablemente, y muy lejos de atentar contra nuestras vidas, procurábamos mutuamente hacernos lo más agradables posible. Al sentarnos, no pudimos ménos de recordar estas circunstancias y reirnos de ellas naturalmente.

¿Y qué cena tan magnífica! Porque debo decir que la cocina española es muy superior á la tan nombrada cocina francesa, si bien la primera es á su vez inferior á la cocina mejicana, porque ésta posee muchos platos de origen de Aztec que aumentan la lista, que son desconocidos en los libros de cocina de la Península, y que los buenos cocineros mejicanos saben arreglar de un modo admirable. Mientras nos servían



Todas las diferentes clases del bandido tenían allí un digno ejemplo.

esta deliciosa cena la conversación giró sobre varios tópicos, los más de ellos serios; pero cuando el vino empezó á animarnos, se cambió en temas más ligeros, viniendo á lo último, como siempre, á tratar de las mujeres. Sin ocuparnos mucho de sus cualidades morales, discutimos más bien sus encantos exteriores, comparando las de diferentes países. Los extranjeros, por supuesto, preferíamos las señoritas del país, mientras que los mejicanos, por no dejarnos atrás en cortesía, aseguraban que no había mujeres más hermosas que las americanas, y Moreno, que sabía que yo no era americano, dijo que él prefería

las irlandesas. En este punto, era muy natural que nuestro pensamiento y nuestra conversación se extendiesen hasta las indígenas, artículo de belleza femenina que representaban las indias.

—Todas son feas—dijo con énfasis el coronel Espinosa, uno de los oficiales mejicanos;—no he visto todavía una verdadera india que con razón merezca llamarse hermosa.

—Botónes no ha estado V. nunca en el mercado de flores de Santo Domingo—interrumpió Moreno.

—Si que he estado muchísimas veces: ¿qué hay allí digno de verse?

— ¡Oh! si no ha visto V. nada ya, es inútil indicárselo á V.

— ¡Ah! ¿usted se refiere sin duda á esa alhaja inocida por la bella chinampera, ó mejor por la Reina de los Lagos?

— Esta V. en lo cierto, Sr. Espinosa, respecto á la persona á quien me refiero, pero equivocado en el epíteto con que la adornó V. su discurso, completamente equivocado, La Reina de los Lagos no es lo que V. supone, sino muy al contrario, una joven de excelente reputación, de cuya virtud no he oído que nadie dude.

— ¡Ah! parece que la conoce V. bien — añadió el murmurador con un cierto tono, acompañado de una sonrisa insinante.

El coronel Espinosa era un hombre de esas que destrozán sin piedad la reputación de las mujeres, especialmente de las de humilde esfera.

— Si que la conozco — dijo Moreno — ó al ménos, su carácter. Da la casualidad de que mal to es dueño de un terreno á la orilla del lago donde su padre tiene su chinampá; así puede decirse que son en cierto modo sus arrendadores. De modo que, como V. ve, habla con algún fundamento de la conducta de la joven, y puedo asegurar á V. que es tan pura como la nieve.

Durante la primera parte de este diálogo entre nuestros compañeros sentí, no ya pena, sino indignación, mezclada con grandes deseos de tirarme al cuello del murmurador; conseguí contener mis impetus sin embargo, y conforme iba oyendo me iba tranquilizando poco á poco.

— La que V. dice, capitán Moreno — observó otro de los oficiales mejicanos, hombre de aspecto grave y reservado — la que V. dice nada de la conducta de la joven; ya le he comprado varios ramos; ¿y quién no? y para una muchacha que vende flores en un mercado público, donde se ve siempre rodeada de admiradores, su modestia es admirable.

— Enteramente una Venus en hermosa, con la virtud de Lucrecia — exclamó Espinosa.

— Venus ó no — respondió Moreno — su comparación de V. no es muy exacta, puesto que Venus era blanquísima y ésta es una verdadera india; al ménos, eso he oído decir siempre. Pero ya podría citar algunas de nuestras señoras que se llaman blancas, que tienen pretensiones de sangre azul, cuyo color no es mas claro y terso que el tuyo. El único color perceptible en ella es el coral de sus labios y el carmin de sus mejillas.

— ¡Bravo, bravísimo! — gritó el coronel, dando palmadas como pudiera haber hecho en un teatro al caer el telón. — ¡Palabra de honor, capitán Moreno! — está V. abundantemente haciendo la descripción de los encantos de esa original señorita.

— Si yo volviere en mis profusos discursos en algunos sitios, por ejemplo, á ciertas señoritas de esas morenas de sangre azul, sería V. tratado por ellas de un modo que no le gustaría á V. mucho, ¡ha! ¡ha! ¡ha!

El otro oficial le hizo coro en su estrepitada.

Era evidente que Moreno tenía alguna historia que los dos conocían.

— ¡Cual, contad — respondió el capitán con toda

tranquilidad: — contad, y bien provechosos haga. En cuestión de amores, gracias á Dios y á mi suerte, tengo una conciencia limpia y nada que temer. En cuanto á la joven india, confieso que la conozco ligeramente; ni siquiera la he comprado sus flores, y sin embargo la creo, como he dicho, pura, é incapaz de dejar de serlo.

— En esto no estamos conformes — respondió el coronel porque yo la he comprado muchas flores, y aún cuando nada me ha dicho, ni nada he dicho, he visto cosas que están en completa contradicción con la idea que V. ha formado de su virtud.

— ¿El qué? — preguntamos todos á un tiempo; yo con más ansiedad que ninguno, aunque temblaba oír la respuesta. — ¿Qué ha visto V.? coronel Espinosa.

— He visto á la Reina de los Lagos, ese dechado de virtudes y modestias, según nuestro amigo Moreno, en íntima y familiar conversación con uno de los mayores bribones de la ciudad de Méjico; un hombre así al lado de una muchacha nunca deja de conseguir su objeto; al ménos él tiene esa fama.

— ¿Quién es? — preguntó Moreno de una manera que dejaba ver no creía fácilmente las acusaciones que su amigo hacía á la joven india.

— Tal vez no le conoce V. — contestó el coronel — y quizá ninguno de VV. tampoco. No es hombre que se deja ver fácilmente á la luz del día por las calles, pero suele estar por las noches en una cierta casa que está en esas calles oscuras que hay detrás de la catedral. Ahí le he encontrado yo denunciado á menudo, por desgracia, porque tiene una suerte en el juego que desespera.

— Sepámos su nombre, por si acaso....

— Le he oído llamar de diferentes modos; tiene muchos nombres indistintamente, según los sitios y lugares. Cuando va á la casa de juego, se llama sencillamente Sr. Hilario, con su don, por supuesto; porque imita perfectamente las maneras de un caballero, y viste de un modo tan distinguido, que entre sus camaradas le conocen por el Guapo. Su traje más común es el de *ranchero*, con una *toquilla* de perlas al rededor de su sombrero, y un abrigo del mejor paño y manga roja.

Yo salté como si una serpiente estuviere debajo de mi silla, y repetí involuntariamente las palabras *manija roja*.

— ¡Ah! ¿conoce V. al sujeto en cuestión, señor? — dijo el coronel volviéndose hacia mí. — Esperó que su conocimiento de V. con él ha sido más agradable que el mío, y que V. no ha sido víctima ni de aventuras marciales, ni de las trampas de sus dados.

— No, coronel Espinosa — contesté, haciendo un esfuerzo por disimular mi emoción — no tengo la menor amistad con el individuo de quien V. habla; solamente al mencionar V. la extraña circunstancia de usar ese hombre manga roja, he recordado un encuentro algo raro que tuvo hace unos días.

(Se continuó.)

OBRA LAURÉADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFONSO GARCÍA LÓPEZ.

— ¿Y si viven? ¿Y si alguno viene á pedir su hijo? Tengo presentimiento de que han de venir.

— ¿Qué tercas sois las mujeres!

— Pero... ¿y si vienen?

— ¡Qué me importa! Le enviaremos al asilo. Ya hemos hablado bastante. Todo esto me fastidia. Mañana le llevaré á presencia del alcalde. Voy á salutar á Francisco. Dentro de una hora volveré.

Se abrió la puerta, cerrándose en seguida. Se había ido. Entónces, levantándose con presteza, llamó á la tía Barberin.

— ¡Ah! ¡mamá!

La buena mujer se acercó á mi cama.

— ¿Me dejarás ir al asilo?

— No, querido Kemi, no.

Y me abrazó con gran ternura estrechándome entre sus brazos.

Aquellas caricias me dieron ánimos, y dejaron de correr mis lágrimas.

— ¿No dormías? — me preguntó dulcemente.

— No he tenido la culpa.

— No te reprendo por eso; ¿has oído todo lo que ha dicho Jérôme?

— Sí, tú no eres mi madre; pero tampoco él es mi padre.

No produjé estas palabras con el mismo tono porque, si me afligía el saber que no era ella mi madre, estaba casi orgulloso al averiguar que él no era mi padre. Esto causaba una contradicción en mis sentimientos que se traducían por la voz. Pero la tía Barberin no puso, al parecer, atención en lo que yo decía.

— He debido — continuó — hacerte conocer la verdad; pero de tal modo creías ser mi hijo, que yo no podía decirte que no era tu verdadera madre. ¡Tu madre! ¡Polvo muerto, ya lo has oído, no se sabe quién es! ¿Vive, ó ha muerto? Se ignora. Una mañana iba Juan en París á su trabajo, y al pasar por una calle que se llama de Breteuil, que es muy ancha y está plantada de árboles, oyó los gritos de una criatura. Parecía que salían delintel de la puerta de un jardín. Era en el mes de Febrero, y empezaba á nayar el día. Se acercó á la puerta y vió un niño echado en el umbral. Se disponía á llamar á alguien, y en el momento de hacerlo, descubrió un hombre que, saltando de detrás de un árbol, emprendió la huida. Indudablemente se había ocultado allí para ver si al-

gun transeunte se llevaba el niño que él mismo había puesto en el alfeiz de la puerta. Jérôme no sabía qué hacer, pues la criatura gritaba con todas sus fuerzas como si comprendiera que le llegaba un auxilio y que no debía dejarle escapar. Mientras Jérôme reflexionaba acerca de lo que debía hacer, acudieron otros obreros y acordaron todos que se debía llevar al niño á casa del comisario de policía. Entre tanto no cesaba de gritar; sin duda le molestaba el frío. Pero como en la oficina del comisario hacía mucho calor y los llantos continuaban, juzgaron que tenía hambre y fueron á buscar alguna vecina que se prestase á darle el pecho. Cuando le vió se lanzó á él con voracidad y no dejó duda de que estaba hambriento. Entónces le desnudaron delante de la estufa. Era un niño de cinco á seis meses, sonrosado, grueso, hermosísimo; los puñales y las mantillas en que estaba envuelto demostraban claramente que sus padres eran ricos. Acaso lo hubieran robado abandonándole en seguida; ésta fué por lo ménos la opinión del comisario. ¿Qué hacer? Después de escribir todo lo que Jérôme sabía y la descripción del niño con la de su envoltura, que no estaba marcada, dijo el comisario que iba á enviarle al asilo de expositos, si alguno de los circustantes no quería encargarse de él; era una criatura preciosa, llena de salud, robusta y que no sería difícil de educar; sus padres, que seguramente le buscarían, recompensarían con generosidad á los que le criasen. En aquel momento se adelantó Jérôme, dijo que se encargaría del niño, y se lo entregaron. Por aquella época tenía yo un hijo de la misma edad, y como no era penoso para mí alimentar á los dos, me convertí en madre tuya.

— ¡Oh, mamá!

— A las tres semanas perdí á mi hijo, y desde entónces me dediqué á cuidarte con más asiduidad. Yo olvidé que no eras nuestro propio hijo, y por desgracia no lo olvidó Jérôme, quien al cabo de tres años, y viendo que tus padres no te habían buscado, ó por lo ménos, que no te encontraban, quiso llevarte al asilo. Ya has oído por qué no le obedecí.

— ¡Oh! al asilo no quiero ir — gritó abalanzándose á su cuello — al asilo no, te lo ruego!

— No, hijo mío, no irás. Yo lo arreglaré. Jérôme no es malo; ahora le dominan el pesar y la falta de recursos. Trabajaremos y trabajarás tú también.

— Sí, lo que tú quieras. ¿Pero no iré al asilo?

—No irás; pero con una condición, y es que vas á dormirte en seguida, para que cuando venga no estés despierto.

Y despues de haberme abrazado, me volvió la cara contra la pared. Yo hubiera querido dormir; pero habia experimentado tan ruda sacudida, estaba tan

profundamente emocionado que no podia disponer á mí antojo del sueño y de la tranquilidad.

¡Es decir que la tía Barberin, tan buena, tan dulce conmigo, no era mi madre! Poca entónces, ¿qué sería una verdadera madre? ¿mejor, más dulce todavía? ¡Oh! no, no era posible.



Se acercó á la puerta y vió un niño echado en el umbral.

Lo que comprendia perfectamente, era que un padre no hubiese sido tan duro como Barberin, y no me hubiera mirado con aquellos ojos frios y con el baston enarbolado.

Estaba decidido á llevarme al asilo; ¿qué haria la tía Barberin para impedirlo? ¿qué era el asilo?

Habia en el pueblo dos niños llamados *los hospicianos*; de su cuello colgaba una medalla de plomo con un número; estaban mal vestidos y sucios; los demas chicos se burlaban de ellos y los pegaban.

Ademas tenían la crueldad de perseguirlos como se persigue á un perro para divertirse y porque un perro tampoco tiene nadie que le defienda.

¡Ah! yo no queria estar como aquellos niños; no queria tener un número en el cuello y no queria que carriesen tras de mí gritándome: «¡Al hospicio, al hospicio!» Esta idea me daba frio y me hacia cruji los dientes.

Á pesar de todos los esfuerzos no dormia, y Barberin no tardaría en volver.

Afortunadamente no vino tan pronto como dijo y el sueño me llegó antes que él entrase.

CAPÍTULO III.

LA COMPAÑÍA DEL SEÑOR VITALIS.

Debí dormir toda la noche bajo la impresión del pesar y de la tristeza, porque al día siguiente cuando me desperté, mi primer movimiento fué tentar la cama mirando á mi alrededor, para adquirir la certidumbre de que no me habían llevado.

Durante toda la mañana no me dijo nada Barberin, y comencé á creer que el proyecto de enviarme al hospicio estaba abandonado. Sin duda le hablaría su mujer y decidí tenerme en su casa.

Pero al llegar el mediodía, me dijo Barberin que me pusiera la gorra y que le siguiera.

Volví más espantados ojos hacia la tía Barberin para suplicar su auxilio. Pero disimuladamente me hizo un signo indicándome que obedeciera; al mismo tiempo me tranquilizó un movimiento de su mano: no debía temer nada.

Entonces, y sin replicar, me puse en marcha detrás de Barberin.

La distancia de nuestra casa al pueblo es bastante larga, y no se emplea ménos de una hora en recorrerla. Aquella hora trascurrió sin que me dirigiese ni una palabra. Iba delante, muy despacio, renqueando sin que su cabeza hiciese un solo movimiento, y de vez en cuando volvía todo el cuerpo para ver si le seguía.

¿A dónde me llevaba?

Esta duda me inquietaba á pesar de la tranquilidad seña que me hizo la tía Barberin, y para sustraerme á un peligro que presentaba sin conocerlo pensé ponerme en salvo.

Con este objeto traté de permanecer á retaguardia; cuando estuviere bastante lejos me arrojaría á la zanja y ya no podría seguirme.

Al principio se contentó con decirme que caminase cerca de él; pero bien pronto adiviné mi intencion y me cogió por la mano.

Ya no había más remedio que seguirle, y esto fué lo que hice.



Barberin.

De este modo entramos en el pueblo y toda la gente volvía para vernos despues de haber pasado, por que yo tenía todo el aspecto de un perro arisco que se conduce sujeto con una cuerda.

Cuando íbamos por delante del café, un hombre que estaba en la puerta llamó á Barberin, invitándolo á entrar.

Este último me cogió por una oreja, me hizo pasar por delante de él y despues que hubimos entrado volvió á cerrar la puerta.

Me tranquilicé un poco; el café no me parecía un sitio peligroso; además, hacia mucho tiempo que descalza traspasar sus umbrales.

¿El café!; el café de la posada de Nuestra Señora! ¿Qué sería aquello?

¿Cuántas veces me había hecho esta pregunta!

Había visto salir la gente del café con los rostros inflamados y las piernas temblorosas; con frecuencia había oído resonar dentro gritos y cauciones que hacían temblar las vidrieras.

¿Qué sucedía detrás de aquellas cortinas encarnadas?

Iba á saberlo.

Mientras Barberin se colocaba junto á una mujer con el dueño del café que le invitó á entrar, yo fui á sentarme cerca de la estufa y miré por todas partes.

En el extremo opuesto al en que yo me hallaba vi á un anciano alto, con barba blanca, vestido de extraña manera.

Sobre sus cabellos, que caían en largos mechones encima de los hombros, llevaba un sombrero cuadrado, de fieltro adornado con plumas rojas y verdes. Una piel de carnero, cuya lana estaba por la parte interior, le cubría el cuerpo ajustándose á la cintura. No tenía mangas, y por dos agujeros abiertos en los hombros le salían los brazos, revestidos de una tela que parecía terciopelo y que antiguamente debió ser azul. Grandes polainas de lana le subían hasta las rodillas y estaban sujetas por medio de unas cintas encarnadas que se cruzaban muchas veces al rededor de las piernas.

Estaba arrellanado en su silla, apoyando la barba en la mano derecha; el codo descansaba en la rodilla que tenía doblada.

Nunca había visto una persona viva en actitud tan tranquila, y me pareció uno de esos santos de madera que hay en las iglesias.

Debajo de la silla se hallaban tres perros, formando un montón y calentándose sin hacer el menor movimiento: uno era un perro de aguas, blanco; otro, un podenco negro, y una perrilla de color gris y de talmado aspecto; el perro de aguas tenía una gorra de cuartel sostenida por un barboquejo de cuero.

En tanto que yo miraba al viejo con una curiosidad que participaba del asombro, Barberín y el dueño del café hablaban á media voz, pero no tan bajo que no conociese se ocupaban de mí.

Barberín decía que me llevaba al pueblo para conducirme á casa del alcalde, á fin de que éste pidiese á los hospicios una pensión para cuidarme.

Esto era lo que la tía Barberín pudo conseguir de su marido, y comprendí que si Barberín encontraba

beneficio en tenerlo á su lado, ya no tenía nada que temer.

Aunque parecía que el anciano no prestaba atención, se enteraba de lo que decían ambos interlocutores; de repente extendió hacia mí su mano derecha, y dirigiéndose á Barberín,

— ¿Es éste el muchacho que os estorba? — dijo, con acento extranjero.

— El mismo.

— ¿Y creéis que la administración del hospicio de vuestro departamento os pagará meses y meses de alimentos.

— ¡Cómo! Puesto que no tiene padres y está á mi cargo, es preciso que alguien pague por él; me parece que es muy justo.

— No diré que no; pero ¿creéis que puede haceros todo lo que es justo?

— Segna y conforme.



Fui á sentarme cerca de la estufa.

— Pues bien, yo creo que jamás obtendréis la pensión que vais á solicitar.

— En ese caso irá al hospicio; no hay ley que me obligue á tenerlo en mi casa, si yo no quiero.

— En otro tiempo habéis consentido en recibirle, y eso es lo mismo que adquirir el compromiso de tenerle á vuestro lado.

— ¡Ea! no le tendré, y cuando me parezca conveniente desembarazarme de él le pondré en la calle.

— Habría un medio de que os desprendáis del chico en el momento — dijo el anciano después de reflexionar un rato — y quizás ganéis algo, aunque sea poco.

— Si me proporcionais ese medio, os pago una botella con mucho gusto.

— Pedidla, y está hecho el negocio.

— ¿De verdad?

— De verdad.

Dejó el anciano su silla y fue á sentarse enfrente de Barberín. En el momento de levantarse, observé debajo de su zamarrá un movimiento que no pude

explicarme; parecía que llevaba un gato debajo del brazo derecho.

¿Qué iba á decir? ¿Qué pasaba?

Mis ojos le siguieron con una emoción cruel.

— ¿Lo que queréis — dijo — es que este chico no siga comiendo por más tiempo vuestro pan; ó si continúa comiéndolo, que os os pague?

— Exactamente; porque....

— ¡Oh! ya comprenderéis que el motivo no me interesa ni necesito conocerle; me basta saber que no queréis al muchacho; si esto es así, dadmele, ya me encargo de él.

— Dáosle!

— ¡Carimba! ¿no queréis deshaceros de él?

— Daros un chico como éste, un chico tan guapo... porque es un chico muy guapo, miradle bien.

— Ya le he visto.

— ¡Remi! ¡vén!

Me acerqué temblando á la mesa.

— Vamós, no tengas miedo, pequeño — dijo el anciano,

— Mirad — continuó Barberín.

— No digo que es un chico feo. Si lo fuera, no le querria; ni tengo nada que ver con los monstruos.

— ¡Ah! si fuese un monstruo de dos cabezas, ó un escudo....

— Entonces no pensaríais en llevarle al hospicio. Ya sabéis que un monstruo tiene valor y que se puede sacar provecho de él, sea alquilándole ó explotándole por propia cuenta. Pero éste no es ni enano ni monstruo; formado como todo el mundo, no sirve para nada.

— Es útil para trabajar.

— Es muy débil.

— ¡Débil! vaya, vaya! Es fuerte como un hombre, y sano y robusto; miradle las piernas; ¿habeis visto otras más derechas?

Barberín levantó mi pantalón.

— Muy delgadas — dijo el anciano.

— ¿Y sus brazos? — continuó Barberín.

— Los brazos son como las piernas; pueden moverse, pero no resistirian á la fatiga y á la miseria.

— ¡Pues no había de resistir! Tentadle, tocadlo vos mismo.

El viejo pasó su descarnada mano por mis piernas palpitantes, moviendo la cabeza y haciendo gestos.

Yo había presenciado una escena semejante cuando el chalan vino á casa para comprar nuestra vaca. Él tambien la había tocado y palpado; él tambien había sacudido la cabeza haciendo gestos; no era buena vaca; le sería imposible venderla, y sin embargo la compró llevándosela en seguida.

¿Me compraría tambien el viejo y me llevaría con él? ¡Ah! ¡tía Barberín, tía Barberín!

Desgraciadamente no estaba allí para defenderme.

Si me hubiese atrevido, habría dicho que el día anterior censuraba Barberín la debilidad de mi cuerpo y se quejaba de la flaqueza de mis brazos y piernas; pero comprendí que aquella interrupcion no serviría para nada más que para proporcionarme una paliza, y tomé el partido de callarme.

— Es un niño como hay muchos — dijo el anciano — esa es la verdad, pero un niño de las ciudades; seguramente que jamas servirá para el trabajo de la tierra; ponedle unos días delante de la carreta para aguijar los bueyes y ya veréis cuánto tiempo la resiste.

— Diez años.

— Ni un mes.

— Pero....; miradle bien!

— ¡Vedle vos mismo!

Yo me hallaba en el extremo de la mesa, entre Barberín y el viejo, empujado por el uno y rechazado por el otro.

— Por último — dijo el anciano — le tomo tal y conforme es. Únicamente, entended bien, que no le compro, sino que le alquilo. Os doy por él veinte francos al año.

— ¡Veinte francos!

— Es un buen precio, y os pagaré adelantado; toméis cuatro hermosas piezas de cien sueldos, y os desembrazaréis del muchacho.

— Pero si me quedo con él, me dará el hospicio más de diez francos al mes.

— Poned siete, poned ocho, conogoo los precios; pero aun así será preciso que lo alimentéis.

— Ya trabajaré.

— Si comprendierais que era capaz de trabajar, no lo venderiais. Generalmente no se toman los niños del hospicio por la pensión, sino por su trabajo; se los convierte en criados que pagan y á los cuales no se les paga. Hay más; si éste se hallase en estado de prestaros algun servicio, le tendriais en vuestra casa.

— De todas maneras, siempre tendré los diez francos.

— Y si el hospicio en lugar de dáoslo á vos se le entrega á otro, no tendréis nada; conmigo no correréis peligro alguno; todo vuestro trabajo consiste en alargar la mano.

Rebusedó en uno de sus bolsillos, sacando de él una bolsa de cuero de la que tomó cuatro piezas de plata, extendiéndolas sobre la mesa y haciéndolas sonar.

— ¡Pensad — exclamó Barberín — que este niño puede tener padres y le reclamarán un día ó otro!

— ¿Qué importa?

— Habrá beneficio para los que le hayan educado; si yo no contase con esto, nunca me habrían hecho cargo de él.

Aquella frase de Barberín: « Si ya no hubiese contado con sus padres, nunca me hubiera encargado de él », hizo que la aborreciese todavía más. ¡Qué infame!

— ¿Le ponéis en la calle — replicó el viejo — porque ya no contais con sus padres. Por último, ¿á quien se dirigirán si alguna vez parecieren? A vos, naturalmente, y no á mí, que soy desconocido para ellos.

— ¿Y si sois vos el que los encuentra?

— En ese caso harémos el convenio de que si tiene padres y le reclaman algun día, partirémos las ganancias y pondré treinta francos.

— Poned cuarenta.

— No; atendiendo á los servicios que puede prestarme, no es posible.

— ¿Y qué servicios queréis que os preste? Si necesitais buenas piernas, ahí las tiene; en cuanto á buenos brazos, vedlo; me atengo á lo que he dicho; en fin, ¿para qué le consideráis á propósito?

El viejo miró á Barberín de una manera burlona, y bebiendo el vino de su vaso á pequeños sorbos,

— Para hacerme compañía — dijo — me voy haciendo viejo, y algunos veces por la noche, despues de un día fatigoso, cuando está malo el tiempo, tengo ideas tristes; él me distraerá.

— Seguramente que para eso tiene las piernas bastante sólidas.

— No mucho; porque será preciso que baile, que salte, y despues que ande, para volver á saltar; en una palabra, formará parte de la compañía del *signor Vitalis*.

— ¿Dónde está esa compañía?

— El *signor Vitalis* soy yo, no debíais haberlo dudado; mi compañía es ésta; os la voy á presentar, puesto que deseais conocerla.

Al mismo tiempo abrió la zamarra, tomando en su

mana un extraño animal que tenía debajo del brazo izquierdo, junto á su pecho.

Era el animal que tantas veces había levantado la piel de carnero; pero no era un perrito como yo pensaba.

¿Qué animal sería?

¿Sería un animal?

No encontraba nombre alguno que pudiese aplicarse á un ser tan raro, enteramente nuevo para mí y al que contemplaba estupefacto.

Estaba vestido con una blusa roja ribeteada con un galon dorado; pero los brazos y las piernas iban desnudos, pues realmente eran piernas y brazos lo que tenía en lugar de patas; los cuatro extremos estaban cubiertos por una piel negra.

Negra de igual modo era la cabeza y tan grande como mi puño cerrado; tenía la cara ancha y corta, la nariz remangada, con las fosas muy distantes entre sí, y los labios amarillos; pero lo que mayor asombro me produjo fueron dos ojos muy unidos uno á otro, dotados de extremada movilidad, y relucientes como espejos.

—¡Ah! ¡pienso mona!—exclamó Barberín.

Aquel nombre me sacó de dudas, pues aunque jamás había visto monas, había oído hablar de ellas muchas veces; así, pues, no era un niño negro lo que estaba viendo; era un mona.

—¡He aquí el primer individuo de mi compañía—dijo Vitalis; se llama *M. Joli-Cœur*. Amigo *Joli-Cœur*, salúdala á la concurrencia.

Joli-Cœur llevó la mano cerrada á sus labios y nos echó á todos un beso.

—Ahora—dijo Vitalis extendiendo la mano hácia el perro de aguas—otro; el *signor Capi* va á tener el honor de presentar sus amigos á la amable sociedad aquí reunida.

A esta orden, el perro, que hasta entonces no había hecho el menor movimiento, se levantó con presteza, y sentándose sobre sus patas traseras, cruzó las manos delante del pecho, saludando á su amo con tal respeto, que la gorra de cuartel tocó en el suelo.

Cumplido aquel deber de cortesía, se volvió hácia sus compañeros, y con una mano, mientras apoyaba la otra contra su pecho, les invitó á que se acercaran.

Los dos perros, que tenían los ojos fijos en su camarada, se levantaron en seguida, y dándose cada cual una de las patas delanteras, como las personas se dan la mano en sociedad, dieron gravemente seis pasos adelante, luego hácia atrás, y saludaron al público.

—Ese á quien yo llamo *Capi*, ó en lengua italiana *Capitano*, es el jefe de los perros; él, como más inteligente, trasmite mis órdenes. Ese joven elegante, de pelo negro, es el *signor Zerbino*, nombre que significa galante y que merece por todos conceptos. En cuanto á esa persona de aspecto modesto, es la *signora Dolce*, una inglesa encantadora que no ha usurpado su calificativo de dulce. Con estos individuos, notables por diversos títulos, tengo el honor de recorrer el mundo ganando mi sustento mejor ó peor, y siguiendo los azares de la buena ó de la mala fortuna. ¡*Capi!*

El perro de aguas cruzó las patas.

—*Capi*, venid aquí, amigo mío, y sed amable, es lo ruego; se trató de personas bien educadas á las que siempre habló cortésmente; sed amable, y desé, qué hora es á este jóven que os mira con unos ojos como bolas de billar.

Capi separó sus patas, se acercó á su amo, abrió la zamarra, registró el bolsillo, sacó de él un reloj enorme; observó la esfera y ladró dos veces; después de aquellos dos ladridos bien acentuados, de ros y distintos, lanzó otros tres más débiles.

En efecto, eran las dos y tres cuartos.

—Está bien—dijo Vitalis—muchas gracias, *signor Capi*; ahora os suplico que inviteis á la *signora Dolce* para que nos haga la merced de bailar un poco en la cuerda.

Capi volvió á registrar al punto el bolsillo de su amo y sacó de él una cuerda.

Hizo una seña á *Zerbino*, el cual acudió en seguida y se colocó enfrente de él. Entonces *Capi* le agarró un extremo de la cuerda, y ambos se pusieron á moverla con cómica gravedad.

Cuando el movimiento fué bastante uniforme, se lanzó *Dolce* al círculo que formaba y saltó ligeramente, fijando sus hermosos y tiernos ojos en los de su amo y director.

—Ya veis—dijo éste—que mis discípulos son inteligentes; pero la inteligencia no se aprecia en todo su valor más que por la comparación. Hé aquí la causa de que yo contrate á este muchacho para mi compañía; desempeñará el papel de un animal, y así se podrá apreciar mejor el talento de mis discípulos.

—¡Oh! para hacer el papel de un animal...—interrompió Barberín.

—Es preciso tener habilidad—continuó Vitalis—y creo que este chico no carecerá de ella cuando haya tomado algunas lecciones. No tardaremos en ver. Para comenzar vamos á adquirir ahora una prueba. Si es listo, comprenderá que con el *signor Vitalis* se tiene la suerte de pasear, recorrer Francia y otros diez países, llevar una vida libre en vez de ir detrás de los bueyes, andando siempre por el mismo campo, desde por la mañana hasta por la noche, en tanto que si no es inteligente llorará, gritará, y como el *signor Vitalis* no gusta de los niños malos, no le llevará consigo. Entonces el niño malo irá al hospicio, donde debe trabajar mucho y comer poco.

Yo era bastante inteligente para comprender aquellas palabras; pero de la comprensión á la ejecución había una distancia terrible que era preciso salvar.

Los discípulos del *signor Vitalis* eran muy curiosos, muy divertidos, y sin duda sería muy divertido pasear constantemente; mas para seguidos á lo que ellos era preciso abandonar á la tía Barberín.

Pero si me negaba no lograría estar con ella y me enviarían al hospicio.

Viendo que me turbaba y que las lágrimas venían á mis ojos, dióme Vitalis un golpecito en la mejilla con la yema del dedo.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA

POD D. JOSÉ MORENO PUENTES.

Desde la llegada del tío del capitán a bordo de la corbeta, habría apenas transcurrido media hora. El contramaestre y los marineros que le rodeaban hacíanse todo ojos, como suele decirse, para observar la barquilla, que avanzaba rápidamente. Pronto se halló ésta al costado del buque, y el hombre que iba de pie en la proa trepó en seguida por la escala.

Era don Félix Ballesta, capitán de la corbeta *Atgevivas*.

En este momento dejáronse oír, una detrás de otro, dos prolongados silbidos. Llévalos el marinero William, que con su bote permanecía al pie de la escala esperando, sin duda, á su patron.

CAPÍTULO III.

EL CAPITAN FÉLIX BALLESTA. — CON HUNBO Á GIBRALTAR. — Á SOLAS EN SU DOMICILIO. — LAS BIQUERAS DEL INGLÉS. — EL VIEJO AMBROSIO. — LA CÓLERA DE MISTER CRÓSSBOW.

Representaba don Félix de treinta á treinta y seis años; tenía regular estatura, porte distinguido, despejada frente, poblado bigote, que se unía á las patillas; facciones pronunciadas y epidérmis excesivamente curtida por los soles y las brisas de los mares. Su aspecto era simpático al primer golpe de vista, y aunque enjuto de carnes, parecía musculoso y fuerte. Vestía pantalón negro, americana del mismo color y chaleco blanco.

Tan luego puso el pié sobre la cubierta de su embarcación, dirigió en tono suya inquietiva mirada como si buscáse á alguien.... Parecía vivamente excitado.

—Vuestro tío os espera en la cámara—dijole el contramaestre adviniendo el pensamiento que envolvía aquella mirada.

El capitán se lanzó velozmente á la escalera de la cámara, por la cual desapareció.

El contramaestre *Borrasca* mostrábase inquieto, desasosegado.... Transcurrieron algunos instantes. De repente resonó un tiro dentro de la cámara; los marineros precipitáronse por la escalera.

Los dos capitanes, tío y sobrino, estaban frente á frente en actitud hostil; el primero cubierto el rostro de mortal palidez; el segundo rojo de cólera.

—¿Qué sucede, capitán?—gritó *Borrasca* al penetrar con sus subordinados en la cámara.

Don Félix tardó algunos momentos en contestar; al fin, entreabriendo sus labios una sonrisa llena de amargura, exclamó con reposado acento:

—No ha sido nada.... Examinaba este revólver de mi tío, y se me disparó, hiriéndome ligeramente en el pulgajo de la mano.... No es cosa de cuidado.... Tomad, señor tío, vuestra arma, y.... retiraos cuando más oportuno lo estimeis!

El capitán *Cróssbow*, desenojadas las facciones y terriblemente contrariado, tomó el revólver, inclinó después la cabeza sobre el pecho, y sin hablar una palabra ni mirar á nadie, abalanzóse á la escalera, por la cual ascendió rápidamente; en el último peldaño dióse de manos á boca con el orangután, que observaba atentamente lo que dentro de la cámara ocurría.

Mister *John* corrió al sitio de que pendía la escala en la banda de estribor. El enadrumano, por imitarle sin duda, plentóse en dos saltos detrás de él, y cuando éste ponía el pié sobre la borda, cogiéndole bruscamente por las piernas, lo precipitó de cabeza en el mar.

II.

Quince minutos después, el capitán de la corbeta, poseído de viva exaltación, medía á grandes pasos la espaciosa cámara, en que momentos ántes tuvo lugar, á lo que parece, una escena terrible.

—¡Miserable, misérable!—decía á media voz con ronco acento—Ha llevado su audacia al extremo de presentarse aquí cuando me juzgaba ausente....

Detuvo su paseo y quedóse un instante pensativo.

—Sí, sí—murmuró de pronto.—Quizás el ha perseguido mi ausencia.... ¡Le comenzo y sé de lo que es capaz! Su audacia no conoce límites; ha penetrado en mi cámara, y forzando mi papelera me ha sustraído.... Por fortuna no le ha alcanzado el tiempo.... ¡Miserable, misérable!

Mientras el capitán Félix Ballesta monologaba consigo de esta suerte, un hombre observaba todos sus movimientos envuelto en la sombra de un camarote próximo.

Entre tanto, una barquilla, impulsada vigorosamente por los cuatro remos que manejaban dos hombres, surcaba las apacibles ondas de la bahía de Algeciras, con rumbo á la de Gibraltar.

Los que bogaban eran el marinero de nariz amoratada y su patrono, á quien el orangután hizo sufrir un disuptazon mayaséilo, que hubiérase convertido en más grave accidente, si el inglés desconociera el arte de la natación y no hubiese recibido inmediato auxilio del satélite que le acompañaba.

—Dejad que yo reme sólo, capitán—exclamó á la sazón el marinero William.

—No, quiero jugar.... Estoy empapado en agua y deseo llegar pronto a tierra....

Media hora después desembarcaba en el muelle de Gibraltar, y algunos momentos más tarde introduciéndose en el portal de una casa de buena apariencia, situada como al comedio de la anchurosa calle Real.

En aquel edificio habitaba, con dos criados y sucesora Mrs. Jenny Cróshaw, inglesa de pura sangre, el rico propietario y armador gibraltareño, D. Juan Bailesta, ó sea Mister John Cróshaw, como él en su anglo-manía, latinizando su nombre español, había dado en llamarse.

III.

Apénas penetró el capitán en su domicilio instalóse, después de haberse mudado de ropa, en su despacho, establecido en la planta baja. Sentado ante una mesa cargada de legajos y papeles, apresuróse á abrir una gran cartera, que extrajo del bolsillo del redingote que llevaba puesta cuando cayó al mar, y de ella sacó un pliego cerrado, que puso á leer con gran atención.

—¡Ah!—exclamó de pronto, como si hablara consigo.—¡Penetré, al fin, el secreto! Pero.... ¡aquí no está todo! faltan los documentos á que se refiere este escrito.... ¡No tuve tiempo para más! Pero ya vendrán á mis manos.... ¿Por qué extraño accidente volvió mi sobrino tan pronto al bergantín? Dos horas, por lo ménos, debió permanecer en tierra.... ¿Quién pudo avisarle? Muy singular es esto.... ¡ya lo averiguaré! Me irrita y exalta en grado sumo el recuerdo de lo que ha pasado á bordo.... ¡Ah! con su generosidad pretendió mi sobrino humillarme.... ¡No necesitan, hermanos y rayos! los hijos de la noble Inglaterra de la menguada hidalguía de estos africanos de España! Olvidemos tan enojoso detalle, y pues conozco ya el secreto que por tantos días he perseguido, consagraré mi cuerpo y alma á su explotación.... ¡Ah para el ávido leopardo inglés será la gloria y el honor de esta empresa!

Como aquel hombre en su extraño monólogo, quedándose después como abstraído y ensimismado en los pensamientos que ocupaban su imaginación. ¿Qué objetivo tendrían sus meditaciones? Largo espacio de tiempo permaneció absorto en ellas.

De improviso, con un brusco movimiento púsose de pié, y corrió por dentro la puerta del despacho; apresuróse después á remover de su asiento un antiguo arcon y á levantar una compuerta, perfectamente disimulada, que había debajo de aquel mueble en el estarimado; hecho lo cual, encendió una pequeña lámpara, y, alumbrándose con ella, penetró por la abertura dejada al descubierto.

Delante de él descendía una escalera, cuyos peldaños, cubiertos de espesa capa de polvo, estaban derribados en muchos parajes; un ambiente saturado de humedad y olivios malsanos se respiraba allí.

Después de bajar veinte escalones, encontróse el gibraltareño en una espaciosa habitación subterránea. De los cuatro lienzos de pared que la formaban, tres eran de mampostería, y el cuarto constituido por fuertes pilares de roca viva en su estado natural.

Espancidos por el suelo del sótano veíanse grandes cajones, fardos, tinajas y otros muchos objetos; en la misma sobre grandes tablones empotrados en la pared descansaba buen número de barriles, sacos, paquetes, botellas....

IV.

Mister Cróshaw dejó la lámpara sobre una mesa abrió después un armario, que estaba próximo á ella, y con inmensa avidez contempló un instante su interior.... Extraños afectos se reflejaron entonces en su rostro.

Contenia el armario una caja de hierro con cerraduras doradas y excelso número de pequeñas saetas que se encontraban, al parecer, repletos de monedas. Tomó algunas de ellos el capitán y colocólas suavemente sobre la mesa; acto continuo, sentándose en un antiguo sillón de vaqueta, vació el contenido de los sacos....

Sus afilados dedos introducíanse con singular complacencia entre aquellos montones de oro; al mismo tiempo paseaba en torno suyo penetrantes y escrutadoras miradas.

Quizás entre las malas pasiones que dominaban á aquel hombre extraño, la de la avaricia ostentaba mayor influjo. Quien le hubiese contemplado en aquellas momentos en que, al contacto del brillante metal, experimentaba en su fisonomía las más vivas sensaciones de recelo, ansiedad y desconfianza, habría sentido hacia su persona invencible repulsa.

Aquel hombre, después de acariciar con sus huesudas manos y sus chispeantes miradas, llenas de avaricia, las amontonadas monedas, cuya metálico sonido le electrizaba, púsose á contarlas y á formar en ellas multitud de pilas de igual altura. Tan luego hubiéronse terminado esta operación exhaló un profundo suspiro, y sacando su cartera tomó nota detallada de aquellas cantidades; hecho lo cual, y contando después pila por pila, por si se había equivocado, depositólas en un talego de gran dimensión, que para este fin sacó ántes del armario. Después exclamó:

—¡Ah! con el oro contenido en este saco dará principio á la empresa.... ¡No puede, en verdad, dárse otro tanto mi sobrino! ¿De dónde ha de sacar él las sumas que se han de invertir?... ¡Ánimo, capitán Cróshaw! ¡Hurra por la vieja Inglaterra!

V.

Empezaba á declinar el día. El capitán Cróshaw encontrábase de nuevo instalado ante su mesa de despacho leyendo, por vigésima vez quizás, el pliego que, según parece, había sustraído á bordo de la corteza *Algeciras*.

Viose de súbito arrojado á silentera por un golpe dado discretamente en la puerta de la habitación.

—¡Adelante!—gritó el marine.

Un hombre de blancos cabellos y franca fisonomía adelantóse tímidamente con el sombrero en la mano.

—¡Voto á la Nueva Sion!—exclamó estupefacto Cróshaw al ver al recién venido.—¿Vos aquí, Ambrósio? ¿Qué os trae? ¿Qué ocurre?

—Ocurre, señor....—dijo tartamudeando el viejo

— ¡Cien tempestades! ¿Qué sucede? ¿Por qué habéis salido de Algeciras?

— La señorita Clotilde....

El capitán gibraltareño hizo un gesto de ira.

— Perdonad, señor— repuso turbado el hombre llamado Ambrosio;— quise decir el ama de llaves....

— Bien, ¿qué? Seguid, hablad.

— Ha desaparecido de la casa....

— ¡Cómo! ¿Qué decís? Explicaos....

— Bien sabe usted, señor, que la señorita.... digo, el ama de llaves y yo, nos levantamos, según costumbre antigua, muy temprano....

— Hablad con menos calma; ¡voto á!....

— Hoy púsome de pie á la hora de todos los días, y fui al comedor á esperar á la se...., digo, al ama de llaves, á fin de recibir sus órdenes para el arreglo de la casa; pero esperé en balde....; pasaba el tiempo y no parecía. Resolví entonces acercarme á su cuarto por si estaba dormida.... encontré la puerta entornada, y aunque llamé repetidas veces no obtuve respuesta alguna. Determinéme á entrar, y.... el ama de llaves no se encontraba allí. Recorri toda la casa llamándola; ¡inútil empeño! ni muerta ni viva pareció. Bajé después á la puerta de la calle y la hallé entreabierta.... Sin duda salió muy temprano....

— ¡Voto á!.... Y bien, Ambrosio, ¿qué hicisteis entonces?

— Pregunté á los vecinos, inquirí de todo el mundo.... Nadie me ha sabido dar razón de ella. Entonces discurrí: «Lo mejor es avisar al amo de lo que ocurre.» Tomé, en consecuencia, el banchon de Algeciras, y aquí estoy.... ¡Pobre señorita Clotilde! ¿Qué habrá sido de ella?

Así diciendo, agolpáronse las lágrimas á los ojos del anciano servidor. El inglés dió con el puño un fuerte golpe encima de la mesa, y exclamó vivamente irritado:

— ¡Tengo advertido que no se designe así á esa mujer!

— ¡Perdonad, señor amo....

— ¡Basta!

VI.

El capitán Cróssbow paseábase á grandes pasos por el aposento: parecía poseído de extraña contrariedad; en sus ojos brillaba siniestro fulgor, como si un oculto pensamiento de odio ó de venganza les comunicase su ardiente expresión; al propio tiempo, sus contraídos labios se agitaban incesantemente, cual si pronunciaran frases y conceptos, que de nada eran apercibidos, porque no producían sonido alguno.

Entregábase aquel hombre mentalmente á un razonamiento apasionado, agresivo, impreador; así á lo ménos lo indicaba la continua movilidad de sus labios y su exasperada gesticulación.

Los momentos trascurrían, y en vez de calmarse se acentuaba en él más viva excitación; ésta desbordóse al fin, porque olvidando todo miramiento detívose delante del viejo criado y apostrofóle de esta suerte con enrojecida voz.

— ¡Ah conque eres tú, miserable hedoroso español, quien viene á comunicarme su fuga!... Y ella....

ella abandona mi casa.... ¡Huye de mí! ¿Qué más ambicionaba? ¿Qué otras aspiraciones podía tener? ¡Ah, por la Nueva Sion! ¡Dejára de haber nacido en esa despreciable tierra de España, dejára de tener sangre mora en las venas para no ser ingrata y descomocida!... No sabe á lo que se expone; yo averiguaré dónde se encuentra y entónces.... ¡oh! entónces sentirá todo el peso de mi cólera; entónces comprenderá que no se menosprecia impunemente á un inglés.

Mister Cróssbow, cesando de hablar, continuó airado su paseo. El buen Ambrosio, maravillado de lo que oía, estaba de pie dando vueltas á su sombrero sin saber qué hacer ni qué decir. De repente tornó á pararse su amo y fijando en el cuadrilladora mirada prorumpió:

— ¿Habéis advertido si en la casa falta algo?

— ¡Ah, señor! ¡Qué pensamiento! La... la seño.... el ama de llaves nunca sería capaz....

— Bien, bien. ¡Traednos y rayos! Se ha ido.... ¡Mejor que mejor! Como decís vosotros los africanos de España: *el ama, cuando el niño no mana, ni es ama ni es nada.*

Mister Cróssbow tomó asiento ante su mesa y pareció meditar algunos instantes.

— ¿Se dice algo en Algeciras— exclamó de pronto interpelando al viejo— de la visita que hice esta mañana á la corbeta de mi sobrino?

— De vuestra visita á....

— Sí, ¿por qué lo extrañáis?

— No, no, mi amo; nada he oído decir....

— Acabemos de una vez; la tal ama de llaves y vos habéis abusado en demasía de mis complacencias.... ¡Basta ya de miramientos! ¿La puerta de la calle y las de los balcones y ventanas de la casa han quedado cerradas?

— A puerta y lado, señor.

— ¿Teneis ahí las llaves?

— Aquí están.

— Dádmelas.

Después de haberlas guardado, añadió:

— Es tarde; ya debe el banchon haber salido para Algeciras y no es posible que volváis en él. Iréis conmigo esta noche en la chalupa de mi bergantín.

CAPÍTULO IV.

DE GIBRALTAR Á ALGECIRAS. — DESCONFIANZAS DEL INGLÉS. — SALIDA DEL PERRO. — EL CAPIFAN DE LA ALGECIRAS. — EL CONTRAMARSTRÉ BERRASGA. — TRANSFORMACION DE SEXO.

I.

Poco ántes de la hora de queda, estando serena el mar y plácida la noche, se separaba del costado de la fragata *Gibraltar*, anclada en la bahía de su nombre, una barca tripulada por seis hombres; cuatro de ellos bogaban, otro dirigía la barra del timón, y el que completaba el número de seis, que era un viejo con la cabeza blanca, hallábase sentado junto al timonel.

Nadie hablaba á bordo; los remeros bogaban vigorosamente, y la chalupa hendía con su proa la enorme masa de agua, sobre la cual flotaba en aquel

instante; la oscuridad y el silencio parecía que dormían á su alrededor. Como á dos millas y media de distancia, multitud de luces indicaban, en medio de las sombras, el antiguo asentó de la ciudad de Algeciras.

Hacia ella dirigía su rumbo la chalupa. Sus marineros avanzaban incansablemente con ese empuje y movimiento acompasados que imprimen un impulso de avance de cinco á más metros. Las luces hacíanse por momentos más distintas; los indocisos contornos de la ciudad ibábase acortando poco á poco á medida que la distancia entre la poblacion y el ligero esquife disminuía.

Pronto se halló éste, por la banda de babor, á la altura de las viejas murallas de la isla Verde; desde allí distaba el embarcadero de Algeciras una milla escasa.

— ¡Avante con los remos, muchachos! — dijo en inglés con acento imperioso el hombre que gobernaba la barquilla.

Los marineros comunicaron mayor empuje á sus remadas. Ya las luces de la marina destacábanse vigorosamente y la blancura de los primeros edificios de la poblacion aparecía clara y definida; más tarde, las turbias aguas del río de la Miel, con sus barquillas y pequeños faluchos amarrados casi en su desembocadura, hicieronse perfectamente visibles á los hombres de la chalupa.

Con pocas remadas llegó ésta al embarcadero. El timonel y el viejo que estaba á su lado saltaron á tierra; fácil era reconocer en el último al honrado servidor, llamado Ambrosio, que algunas horas antes se había presentado en el despacho de mister John Crósbow; pero no era posible adivinar en el primero á este personaje.

Llevaba caído sobre los ojos un gran sudeste y envolvía su cuerpo en un aulloroso capote; su andar era torpe y pesado, como el de un viejo marino, que ha pasado casi toda su vida en el mar. La transformación era completa.

¿A qué fin desfiguraba de aquel modo su apariencia real? Sin duda temía que por el hecho ocurrido aquella mañana á bordo del bergantín *Algeciras* se le quisiera perseguir ó aprehender.

II.

El capitán y su viejo criado alejáronse con gran celeridad del embarcadero; de esta suerte, y paso entre paso, llegaron á la plaza Alta; allí detovieronse delante de un edificio de excelente aspecto, que constaba de dos pisos sin incluir la planta baja.

Sacó el inglés una gran llave y abrió la puerta principal. Por ella penetró seguido de su acompañante, volviendo á cerrarla detras de sí. En el piso bajo encendió Ambrosio una bujía; su amo le ordenó que le precediera alumbrándole y púsose á revistar, permitiéndose decirlo así, una por una todas las habitaciones del piso bajo.

Los muebles, las colgaduras, los cuadros, todo el menaje, en fin, que decoraba en sus tres pisos aquella morada, verdaderamente espléndida, fué objeto de parte de Mister Crósbow de las más minuciosas investigaciones. Mientras tal hacia, consultaba á me-

ante un inventario que llevaba en la diestra. El viejo criado le acompañaba con la luz; en su rostro se advertía penosísima impresión.

— ¡Dum! ¡lum! — balbuceaba de vez en cuando el gibraltareño. — Todo está en orden; parece que nada falta....

Llegaron al cuarto que en el último piso ocupaba la señora Cháilde, como á despecho de su amo solía llamarse algunas veces el anciano Ambrosio.

— Aquí no está el baul de esa mujer — dijo el majano examinando la habitación.

— Debe habersele llevado, señor.

— Bien, bien, ¡voto á la Nueva Sión! Se ha muchachado...; ya le pesará ántes de mucho, yo lo fio! Mi hermano le había acostumbrado muy mal; dábanle bufalas de señora, y, hoy por hoy, no existe aquí más amo que yo. Ea, vámonos, Ambrosio; nada tenemos ya que hacer aquí.

— ¡Cómo! ¿Queréis que os acompañe? ¿No me queda en casa?

— Cállaos y venid conmigo — repuso secamente el inglés.

Llegaron á la puerta de la calle; salieron, y habiendo cerrado y guardádose la llave Mister Crósbow, ámbos, á grandes pasos, emprendieron la vuelta hácia los muelles.

Pronto se hallaron en el embarcadero; allí estaban esperando á su capitán los marineros de la fragata. Casi en el preciso momento de ir á saltar á su chalupa, el gibraltareño volvióse bruscamente hácia el viejo criado y le dijo:

— No me convienen en mi casa gentes de cuyo sueño se abusa al extremo de que entra y sale quien quiere de ella, sin que sea apercibido. Buscad otro alojamiento; no os quiero á mi servicio. Id mañana á Gibraltar y os ajustaré la cuenta.

— ¡Señor, señor! — exclamó el viejo tembloroso y sollozando. — ¡No me despidáis, por el amor de Dios! Haced más de cuarenta años que sirvo en la casa....

— ¿Y qué? — gritó irritado Crósbow.

— Señor, ciento sesenta navidades, y en ninguna barca me admiten ya como marinero.... Si me abandonáis... ¡tendré que pedir limosna!

— ¿Y qué? — prorumpió con más insuble tono el capitán.

— ¡Señor, señor, tened compasión de mí!

— ¡Qué el diablo os lleve! — barbotó el inglés dando un empujón al viejo, que rodó por tierra, y saltando acto continuo en su chalupa hizo la virar de bordo, y que pusiese la proa al mar.

III.

Era el risueño amanecer de un esplendoroso día del mes de Setiembre; han trascurrido tres desde el en que tuvieron lugar los sucesos que llevo referidos hasta aquí; de lo cual se deduce, siguiendo el orden cronológico de esta historia, que el día á que ahora me contraigo llevaba la fecha 16 del mes y año de que hace mención oportuna en el capítulo primero.

Por el lejano horizonte, al N., empezaba á mostrarse su roja cabellera el encendido astro de la mañana; el cielo estaba limpio y sereno; ni la más ligera

nubecilla enpañaba su claridad; algunas blancas gavietas con su tumultuoso vuelo acrobaticábanse cerca de las playas, como si les causase vivísimo placer la aparición del nuevo día.

Un fuerte brisote, entablado del O., que parecía venir de las soladuras del mar Atlántico, desembocaba por el estrecho de Gibraltar en el Mediterráneo con vigoroso impulso; á su paso rizábanse las transparentes ondas de las aguas, formando en sus crestas brillantes copos de blancas espumas, y cien y cien acompasados murmullos y acentos, que revelaban las magnificencias de sus días tranquilos.

El radiante sol de aquella mañana iluminaba ya los techos de los mástilos de algunos buques de alto bordo fondeados en el puerto de Algeciras. Contábase entre los dichos la corbeta, de este nombre, de que era propietario y capitán don Félix Ballesta, como ya sabe el lector.

Extraordinario movimiento notábase á su bordo; aparejaba para ponerse en franquía y hacerse á la mar.

Asidos á las palancas del cabrestante algunos marineros, hacíanle voltear acompasadamente para elevar á bordo las áncoras; á su constante y monótono martilleo entraba por los escobones, eslabon tras eslabon, la pesada cadena sujeta á la movable argolla del ancla.

Los gavieros, montados á horcajadas sobre las vergas soltaban el velamen al viento; el timonel ocupaba su lugar en el castillo de popa junto á la rueda del gobernalle; el primero y segundo contramaestre, vigilaban la maniobra, y estaban atentos á las órdenes que les comunicaban el capitán y el piloto.

En general y en detalle, todos los hombres de la tripulación se encontraban en sus puestos cumplimentando sus respectivos deberes. La gallarda corbeta meciase coquetonamente sobre las azules ondas del Mediterráneo.

Tan luego terminóse la faena de izar las anclas, el timonel hizo girar la rueda del gobernalle hacia barlovento, según le previno el piloto; la marinería orientó convenientemente el aparejo del velacho, las gavias, la cangreja y los tres forques, y apenas tesó y amarró las escotas, hinchadas las velas por la brisa, inclinóse el buque á la banda de sotavento, y empezó á surcar las olas con su agudo trínjamar, haciendo rumbo al E. N. E.

IV.

Dos días despues navegaba el bergantín *Algeciras* en plena mar Mediterránea. Hallábase á la altura del cabo Cala-burras, situado al E. de Marbella; el oleaje era tendido, la celajería escasa y la brisa continuaba soplando del O. con la misma intensidad que en los anteriores días.

Serian las diez de la mañana, sobre poco más ó ménos, cuando el capitán de la *Algeciras*, sentado en su camarote ante una gran mesa, tomaba apuntes en un cuaderno y estudiaba sobre un plano de los hemisferios oriental y occidental, en sus zonas antárticas, una ruta más avanzada hacia el polo que la que

habían seguido hasta allí el capitán inglés Jacques Cook y sus sucesores.

Esa ocupación parecía absorbetele por entero sus facultades, sin embargo, de vez en cuando la suspendía, y una expresión deliriosa se reflejaba en su inteligente fisonomía. En esos momentos hávertíase como que una lucha terrible entre distintos afectos y pasiones tenía lugar en el espíritu de aquel personaje.

Dos meses haría á lo sumo que había llegado con su corbeta al puerto de Algeciras, procedente de Ultramar, con un cargamento de café, cacao, cajas de azúcar y bocoyes de aguardiente de uva; en aquel, si se quiere, exiguo espacio de tiempo ¡cuántas desgracias y contrariedades había experimentado el excelente marino!

En el instante en que le presentó á la vista del lector ocupábase, como llevo dicho, con una especie de febril ardor, en seguir paso á paso sobre el mapa una ruta, que sólo le era conocida teóricamente, cuando de pronto fué interrumpido su estudio por dos golpes de llamada que fueron dados con cierta discreción en la puerta del camarote.

—¿Quién va?—preguntó D. Félix.

—¿Se puede pasar?—contestó una voz de bronco acento.

—Adelante.

La puerta del camarote se abrió y presentóse en su dintel la agigantada estatua del contramaestre *Borrasco*.

V.

—¿Qué ocurre?—dijo al oficial de á bordo su jefe.

—Ocurre, capitán, que.... que....

El atóxico contramaestre parecía turbado; tenía en la mano el sudeste, de que se despojó al entrar, y dábale vuelta entre sus dedos sin saber qué hacer con él ni qué decir á don Félix, que le observaba de hito en hito admirado de su perplejidad y embarazo.

—Acaba.—¿Qué deseas?—dijo interpeleándole de nuevo su capitán.—¿Por qué tienes ese aspecto encogido? Habla.

—Es el caso, capitán, que.... ¡San Telmo me valga! que cumpliendo sus órdenes, despedí á aquel grumetillo de maras.... ¡El muy sollastre permitiéndose registrar y revolver los documentos y papeles que guardaba así en sus gavetas!...

—¿Y bien, amigo *Borrasco*?

—Pues, señor, le puse en franquía dándole como diente media docena de rebencozos, que ni de encargo hubieron sido más duros. Huse ya cinco días pidiéndole la plaza vacante otro grumetillo.... Desmíneme su carácter y disposición, y no me pareció mal mascarón de proba.... En consecuencia, le admití á bordo....

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

El contramaestre *Borrasco*, á pesar de lo cetrino de su cutis se puso colorado como una anapela.

—Perdone usted, capitán—tartamudeó—no le he dado cuenta hasta ahora por que.... ¡San Telmo me valga! porque.... ¡toma! porque se me olvidó....

—La falta es leve—dijo sonriendo con bondad el marino.



LOS COMUNEROS PADILLA, BRAVO Y MALDONADO EN EL PATÍBULO.
(CUADRO DEL SR. GIBERT, DIBUJO DEL MISMO.)

Del ancho pecho de *Borrasca* escapóse un suspiro de satisfacción, como si sintiese descargada su conciencia de un peso enorme. Después, volviendo á su anterior perplejidad, balbuceó:

— El grumete está ahí y viene á presentarse....

— Bien — repuso D. Félix con aire distraído, mientras procuraba reanudar su estudio sobre el plano.

El contramaestre giró sobre sus talones é hizo avanzar al grumete, que se ocultaba detrás de él todo confuso y avergonzado....

VI.

Era el grumete el mismo de quien hice mención en el primer capítulo de este ridículo relato; pero no ostentaba á la sazón su rostro la tizne y grasientas manchas de que se hallaba entonces impregnado.

Lleno de emoción, convulso, agitado de extraña manera, el grumete parecía próximo á desfallecer; *Borrasca* procuraba alejarte con sus miradas y algunas frases que deslizaba sutilmente en sus oídos.

De nada de esto se apercebía el capitán: había vuelto á abstraerse en su trabajo; consultando un manuscrito que tenía á la vista, continuaba con el compás en la mano sobre la carta geográfica la desconocida ruta á que hice referencia antes. Quizás había dado por completo al olvido, que á cuatro ó cinco pasos de él se encontraban el tercer oficial de á bordo y el grumete recién admitido....

Un gemido y ahogados sollozos llamaron de repente su atención, é hicieronle apartar la vista del trabajo que le ocupaba. Recordó entonces cuanto le había dicho el contramaestre, y sus miradas, distraídas hasta allí, fijáronse en el semblante del grumete, que vertía en silencio tristes y abundantes lágrimas.

El capitán Félix Ballesta exhaló súbitamente un grito, y levantándose, corrió hacia el grumete exclamando con muestras del mayor asombro:

— ¡Clotilde, Clotilde! ¿Tú aquí?

El fugido marinero no pudo contestar; sus labios agitáronse sin conseguir articular frase alguna; ahogábase la profunda emoción de que estaba poseído. *Borrasca* se retiró discretamente entorpeciendo la puerta del camarote.

— ¡Clotilde! — prorumpió de nuevo el capitán Ballesta, estrechando dulcemente una mano de la joven. — ¿Qué ha sucedido? — ¡Habla, habla, por piedad!

Un mar de lágrimas inundó el bello semblante del supuesto grumete; vivísimo rubor coloraba sus mejillas, y en vano esforzábale para hablar; sólo tristes sollozos y gemidos brotaban de sus labios.

— Soségate, Clotilde, calma mi.... Ven, ven, toma asiento....

Y confluencia hacía un diván, la atribulada joven se dejó caer en él desfallecida.

CAPÍTULO V.

EL FINGIÓ GRUMETE.—CONTINÚA LA CONFERENCIA.—RECELOS PARA EL PORVENIR.—ANUNCIOS DE MAL TIEMPO.—FUEGO Á BORDO DE LA CORBETA.

I.

— Vamos, Clotilde, cuéntame lo todo; no omitas nada. ¿Por qué raro accidente te encuentras aquí?

Habiase la joven sobrepuesto en algún tanto á la excitación nerviosa que la agitaba, y fijando en el capitán Ballesta intensa mirada, en que resplandecían por mitad pudoroso instinto y ferviente amor, prorumpió de esta manera, después de exhalar de su angustiada seno hondo suspiro:

— Escúchame, Félix, y perdona si el día en que nos despedimos, porque ibas á emprender en breve un largo viaje, no te revelé cuán falsa y violenta era mi situación en aquella casa....

— Prosigue.

— Digna y honradamente no podía permanecer allí un solo instante; esta circunstancia obligóme á dar el imprudente paso, que me avergüenza y ha-milla, de buscar á tu lado un refugio, que á conocer mi intención hubiéramse tal vez negado.... ¡Ay! ¿Cuán triste es mi vida, Félix, desde que falleció tu honrado padre!

— Continúa. ¿Temo comprender!

— Si, sábelo todo. Apenas tu indigno tío, el capitán Crossbow, como él se empeña en llamarse, te hubo despojado de la herencia de tu padre y tomó posesión de la casa de Algeciras, propúsose ejercer sobre mí la más inculcable presión. Sin respetar siquiera la memoria de su buen hermano, que había siempre mirado por mí cual si fuese hija suya; dando oídos solamente á su insensato orgullo; juzgándose, sin duda, una mujer perdida, que se arrojaba en el fondo de las calles, atrovióse repetidas veces con licenciosas palabras á requerirme de amores, tan impuros y villanos como él....

— ¡Calla, Clotilde, calla! — prorumpió el capitán de la corbeta poseído de violenta agitación. — ¿Cen-que ese hombre ha pretendido?... ¡Ah! si el miserable supiera cuanto horror encierra su conducta....

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Nada, nada! Termina tu relato, pobre Clotilde.

— ¿Á qué he de entrar en detalles cuya somera narración causaríame indecible bochorno? Solo diré que cierto día intentó propasarse á tal extremo que obligóme á abrir el balcón y á pedir socorro....

— ¡Infame, infame! Pero, ¿Amalrosio, no estaba allí?

— Aprovechaba las ocasiones en que el pobre viejo había salido de casa. ¡Ah, Félix! Si tu honrado padre existiera jamás se hubieran atrevido.... ¡Ay de mí! ¿Cuán desventurada he nacido!

E inclinando la cabeza sobre el pecho, la pobre niña prorumpió en ahogados sollozos y gemidos.

(Se continuará.)

UN CUENTO DE LADRONES.

—Si, si —dijo Maroussia —no es más que eso.
Y volviendo en seguida á su historia, continuó:

—¿Cómo conseguirlo en efecto? se preguntaba la joven-aquella. La intrincada selva rodeaba por todas partes su casa. No se veía ninguna salida. Podía

seguramente haberse descubierto, á trueque de no pocas desgracias, saltar por entre la espesura, pero ¿y después? ¿sabía á donde iba á verse trasladada? ¿Es tan fácil extraviarse en un bosque? ¿Quién le aseguraba que no volvería á encontrarse, después de una larga jornada, en el punto mismo de donde saliera? ¿Qué hacer? ¿qué hacer? —se repetía á sí misma. — ¿Ha de pararse en el camino? —dijo al fin —es preciso que me salve, y me salvaré.



Y sosteniéndose con una mano empezó con la otra á empujar y á traspasar las raíces que se oponían.

—Eso es que es lo que se llama tener verdadero valor —dijo el envidoso.

A pesar de las serenas preocupaciones que lo asediaban, prestaba mucha atención al relato que al par de su marcha hacía su pequeña compañera. Por la manera como de cuando en cuando mezclaba su palabra con la de Maroussia, la comprendió ésta, y eso le agradaba.

—Esto le distrae —pensó.

Habría querido abreviar su relato, pero tal vez entonces no la habrían comprendido bien; por otra

parte, tenían tiempo de saber para decirlo todo y todo oído; la pizarra de la lumbre y el establo de las vacas grandes estaba aún bastante lejos.

Siguió, por lo tanto:

—La joven volvió á bajar al jardín. Examinó la randa de los árboles y el verde muro que la rodeaba como una barrera. Los árboles estaban tan apañados y se elevaban á tanta altura, que era preciso para distinguir su cima echarse hácia atrás.

« La verdad es — decía ella — que cuando todos se van saben desde luego encontrar un camino; bus-

quinos, pues, por aquí » y tomó hácia la derecha. Pero no había hecho más que dar algunos pasos cuando oyó ruido como de piadas de caballos.

Se detuvo conteniendo el aliento, y protegida por el tronco de un grueso árbol, se puso á escuchar. No se había equivocado; era en efecto el ruido que produce una cuadrilla de gente á caballo, andando con precauciones por un terreno malo.

« ¿Deberé esperarles ó avanzar? » pensaba ella.

Se preguntaba esto en su interior, repitiéndose la misma pregunta lo ménos veinte veces, cuando distinguió el pálido rostro de su marido, que salía del seto separando los ramares con sus manos.

Los compañeros de siempre le seguían. Tenían todos traza de haber salido como por arte de magia de aquel cercado de ventura. No había señal alguna de camino abierto en el sitio por donde ellos aparecían.

La mujer del que acababa de llegar apenas si tuvo el tiempo preciso para ocultarse en su escondrijo. Pudo examinar á su marido. Había bajado del caballo y se adelantaba con lento paso. ¿Qué aspecto más triste tenía! ¿Qué señales de hallarse estropeado! ¿Bajo la impresión de qué sombrías pensamientos bajaría los ojos? « No parece el mismo — se dijo su esposa; — visto así cause lástima. » En cuanto á sus compañeros, ¡ah, qué fieras eran y qué caras tenían!

Su marido pasó muy cerca de ella sin que pudiera sospechárselo siquiera. También por allí pasaron los que le acompañaban. Ella notó horrorizada que llevaban algunos en sus trajes manchas de sangre. Pronto dejó oírse la voz de su marido. La llamaba. No había llegado aún el momento en que pudiera salir para siempre. Saló con denuevo de su escondite y se presentó ante su esposa.

« Estás muy pálida — la dijo éste; — díjase que te caías. Habréis sentido frío bajo estos árboles; en adelante no hagáis tal. »

Y sacando después de su bolsillo un pequeño objeto, añadió:

« Tened, he pensado en vos. »

Y mostróle una sortija que brillaba como un solcillo.

« ¿ La queréis? »

Tuvo que revestirse de una serenidad extraordinaria para no rehusar aquella oferta, y preguntóle de dónde procedía joya de tal valor.

« Si la pregunta más te pone un aprieto — se decía; — si en los rasgos de su fisonomía pueda notarse alguna turbación, será prueba de que no está impedido ni su corazón. »

Pero respondióle casi de una manera jovial:

« Tu he cogido en la cacería, querida. »

« En la cacería? » — respondió su mujer.

Y al mismo tiempo pensaba:

« Aunque él se me franco, quiero llegar hasta la última; quiero saber, en fin, por él mismo á qué atañerme. »

(Se continuará.)

AURORA BOREAL.

Uno de los más bellos espectáculos de la naturaleza es una aurora boreal. Al contemplar este brillante fenómeno es imposible dejar de reconocer la bondad y el poder infinitos de una inteligencia suprema que todo lo ha previsto y que á todo ha provisto. En los desierto abrasados ha colocado el camello, que puede examinar varios dias seguidos á través de las áridas arenas sin sufrir sed, porque lleva en las cavidades de su estómago una provision de agua suficiente para apagarla. En los países helados del Norte ha colocado al reno, que sólo necesita musgo y líquenes para alimentarse y que con su carne, su leche y su piel, proporciona alimentos y vestidos á los desgraciados habitantes de aquellas comarcas; pero sobre todo, para indemnizarlos por la larga ausencia del sol, les ha concedido el más magnífico de los meteoros: la aurora boreal.

Se le llama aurora porque esperece una claridad semejante á la del alba, y recibe el nombre de boreal ó austral segun se produce en el polo Norte ó en el polo Sur. Las aurores boreales son, segun parece más frecuentes que las australes, pero esto tal vez sea porque no pueden observarse lo mismo. En el polo Norte son excepcionales las noches sin aurora, aunque la intensidad de ésta es muy variable.

Son visibles las aurores á distancias considerables del polo y sobre una extension inmensa.

Una misma aurora boreal ha sido observada simultáneamente en Moscu, Varsovia, Roma y Chái. Cuando aparecen en nuestras comarcas, rara vez son más brillantes que la pálida luz del crepúsculo, pero en las regiones del Norte, su magnificencia es tan extraordinaria que impone por su sublinidad.

Aparece primero una luz confusa, hácia el Norte; despues se van marcando rayos encarnados, violáceos y á veces azulados, que se elevan sobre el horizonte; son anchos, irregulares y se dirigen hácia la parte elevada del cielo llamada cenit. (1). Dos grandes columnas de fuego que se apoyan una al Oriente sobre el horizonte y la otra al Occidente, aumentan acreciendo; pronto llegan á unirse y forman un resplandeciente arco de luz cuyo color pasa del amarillo al verde oscuro y al de púrpura brillante. Parece una bóveda de fuego, de proporciones colosales, de la cual salen rayos brillantes, cual cohetes lanzados por gigantes, y hábiles polvoristas. El resplandor de los rayos, variando continuamente, llega á igualar al de las estrellas de primera magnitud; las dos partes luminosas del arco están regularmente separadas por estrías azules. No tarda mucho el fenómeno en llegar á su último grado de esplendor, desde el cual empieza á decrecer, disipándose hasta convertirse en un resplandor difuso y casi imperceptible.

A veces el arco sube hasta el cenit, extendiéndose siempre y parece tomar una especie de movimiento ondulatorio, á causa del brillo de los rayos, que en

(1) El cenit es un lugar de la superficie de la tierra en el punto en que la perpendicular á esta superficie, en el lugar dado, encuentra á la bóveda celeste.

mienta gradualmente de una á otra extremidad. El movimiento se produce de atrás hácia adelante; se forman curvas que se desarrollan como los pliegues de una culebra; parece una pieza de tela, una bandera inmensa agitada por el viento y que flota en la atmósfera.

Otras veces, el arco cambia de forma y toma la de largas hojas que se enrollan unas en otras graciosamente. De pronto, estos rayos, variando de brillo y de longitud, se dirigen al cielo como cohetes. La base de este arco es roja; su centro es verde y su cima de color amarillo claro y brillante. Por fin, disminuye el resplandor, los tintes se deslicen y se confunden poco á poco, ó desaparecen repentinamente.

Los rayos de fuego, después de pasar por el cenit, suelen encontrarse, cruzarse y confundirse en una ancha zona que atraviesa el cielo, acabando por dibu-

jar un círculo que se llama la corona de la aurora boreal.

En la bahía de Baffin la luz de las auroras es roja, anaranjada, amarilla ó de color de esmeralda.

Al nordeste de Siberia ilumina el cielo, comunicándole el brillo del oro, del rubí ó del zafiro.

Pero generalmente su luz es blanca, plateada, parecida á la de la luna; en ocasiones presenta los matices del arco iris. A pesar de su resplandor, no impide que se vean las estrellas, cuyo brillo apenas disminuye.

Se han hecho muchas hipótesis sobre la causa de las auroras boreales. Actualmente se atribuyen á la electricidad; fúndase esta suposición en que, con ayuda de la máquina eléctrica, se puede obtener una hermosa imitación de los rayos de la aurora, y también en que, en las comarcas donde más brilla este



Aurora boreal.

meteoros, ejerce mayor influencia sobre la aguja imantada. Según M. de la Biva, la aurora boreal proviene de descargas eléctricas que se operan entre la electricidad positiva de la atmósfera y la negativa del globo terrestre. En las regiones polares, en que las escarchas eternas condensan los vapores acuosos bajo la forma de nieblas, el aire está continuamente cargado de electricidad positiva, aumentada, además, por la corriente tropical que, viniendo de las regiones del Ecuador donde ocupa las capas más elevadas de la atmósfera, desciende en su curso hasta la proximidad del polo. Esta electricidad positiva, formada por la evaporación del agua, es conducida por las corrientes del Ecuador, se combina, se une con la electricidad negativa de la tierra y produce descargas que cuando más intensas son, más deslumbradora es la luz que las acompaña.

No parece que las auroras boreales ejerzan influencia ni sobre la temperatura ni sobre la humedad, ni sobre la presión del aire, ni sobre la frecuencia de los vientos. Se producen, en su mayor parte, á tan grande altura, que no pueden afectar ni nuestros instrumen-

tos meteorológicos, ni nuestros sentidos, exceptuando el de la vista. Los habitantes de las comarcas boreales saludan con júbilo la aparición de las auroras porque hermosean y alegran sus largas noches de invierno. Pero, á pesar de la ventaja que les procura, no pueden dominar cierto movimiento de espanto. Como este encantador meteoro no aparece más que en tiempos irregulares y nada sobre su marcha hay calculado, el hombre, acostumbrado á la perfecta regularidad de las leyes de la naturaleza, no acierta á ver más que un accidente fortuito en un fenómeno imprevisto, y teme. Es un hecho independiente del curso ordinario de los hechos naturales, y aun conociendo su causa, sería difícil que el hombre se tranquilizase. Los mismos animales, cuyo admirable instinto tan bien sabe prever el peligro, están inquietos, y se nota en ellos, mientras dura la aurora boreal, una desazón, una zozobra análoga á la que experimentan durante una seria borrasca.

H. BENOIST.



de Togo

VISITA DE CONFIANZA.

LA AMENIDAD.

LOS COMUNEROS EN EL PATIBULO.

En este número ofrecemos á nuestros lectores un copia del conocido cuadro del Sr. Gisbert, dibujada en madera por el mismo celebrado pintor.

No necesitamos elogiar el citado cuadro; todo el mundo recuerda el éxito que tuvo cuando por primera vez figuró en la Exposición de Bellas Artes.

Es conocido el origen y tendencia de las Comunidades y el fin desastroso que hallaron en los castros de Villalar las huestes populares al frente de las cuales se habían puesto los tres nobles que tuvieron que subir al patíbulo, dando un ejemplo elocuente de lo que son las glorias mundanas, y de cuán perecederas y cuán vanas son las cosas de los hombres.

La noble figura de Padilla, la de Bravo el impetuoso, la de Maldonado el buen caballero, podían prestarse á mucho, cuando al santo amor que les profesa el pueblo, cuando á la simpatía que á todo corazón verdaderamente sensible avanza el triste espectáculo de que toma asunto el cuadro del Sr. Gisbert, se une la circunstancia de que el artista ha sabido sacar del asunto todo el partido posible:

El Sr. Gisbert escogió para su cuadro el momento en que el verdugo, después de degollar á Maldonado, enseña desde el tablado su cabeza al público. Padilla, en la más noble actitud, contempla el cadáver de su compañero; los dos frailes que están á su lado y la figura de Bravo, que suben con impetuosa arrogancia las escaleras del patíbulo, seguido de un fraile, completan la composición. Nada en verdad más bello; todo está admirablemente pensado y combinado; nada descuidó el artista; las figuras se hallan perfectamente distribuidas y el efecto es completo.

Creemos, pues, que nuestros lectores nos agradecerán el haberles proporcionado admirar una vez más el magnífico cuadro de Gisbert.

LA VISITA DE CONFIANZA.

La visita de confianza ofrece en Madrid, por razones que están al alcance de todo el mundo, más inconvenientes que ventajas: En la corte se madruga poco, y la persona que comete la ligereza de ir á visitar á otra fuera de las horas que la necesidad y la costumbre han marcado, se expone á una de estas dos cosas: ó á incurrir en el desagrado de aquel á quien poco le complace, ó á presenciar espectáculos que á su vez la impresionen desagradablemente. El mismo peligro corren los que, usando del derecho que les da la intimidad de sus relaciones con los visitados, son recibidos en hora oportuna, puesto que los favorecidos (no todos) se creen dispensados de franquearles la sala ó el gabinete, arreglados como es debido, y los introducen en lo que los señores de la familia llaman santuario del hogar, esto es, en lo más interior, que con una propiedad pudiera muchas veces llamarse leonera. La señora de la casa en tales

circunstancias suele presentarse despeinada, ojerosa, en zapatillas, sin lavar, medio desnuda, en fin, tan de negligé, que es una lástima. Á esto se agregan los gritos del chiquillo que juega, las carreras del perro que ladra, y en ocasiones el lloriqueo insupportable del párvulo, propio ó extraño, de casa ó de fuera de ella, que se rebela, á su modo, contra la paciente nodriza, empeñada en hacer de él, desde el principio, una persona decente, como corresponde á todo el que vive en sociedad y visita ó recibe visitas, bien sea de confianza, bien de etiqueta.

LAS LANGOSTAS

EN LA INDIA MERIDIONAL.

La langosta es una plaga que con bastante frecuencia visita la India meridional.

Según una leyenda árabe, una langosta dijo al profeta Mahomet:

«Somos el ejército del gran Dios; ponemos noventa y nueve huevos; si fuera la centena completa devoraríamos la tierra entera.»

Como solo le es necesario á las langostas menos de un mes para poner y que lleguen á término sus noventa y nueve huevos, se comprende fácilmente que, terrenos cubiertos de la más tujarosa vegetación, quedan transformados en poco tiempo en un verdadero desierto, completamente estéril.

Afortunadamente algunas veces el monarca destruye el ejército entero de langostas, antes de que termine su devastadora destrucción.

Hé aquí una descripción sucinta de una de las invasiones.

Después de haber comido todos los verdes cultivos del distrito de Madura, las nubes de langostas se presentaron en las laderas cubiertas de la cultura occidental de los *Chantés*. Era á mediados de Mayo, en un día de calma y muy caluroso; de pronto se oyeron los gritos: ¡Que vienen, que vienen!

Al salir de las habitaciones se percibía una niebla espesa que invadía las laderas; durante cinco cuartos de hora se las vió; su enjambre velaba la claridad del sol, y el ruido de sus alas se parecía al que produce un fuerte chubasco. La nube sería de unos tres kilómetros de larga.

Durante todo su paso, el suelo había tomado un tinte moreno claro, por la cantidad de langostas que caían al suelo. Una vez en tierra, vagaban en la hierba seca, buscando algún tallo verde que hubiera resistido á los abrasadores rayos del sol.

El grabado que hoy publicamos representa los *coolies* echándolas fuera de una plantación de café con la ayuda del tam-tam, de tambores indígenas y de varas. El albarito producido por siete *tam-tam* y por unos cincuenta *coolies*, gritando y batiendo las muletas con sus estacas dispuso la nube que, impulsada por el viento en la dirección del Sur, desapareció.



LAS LANGOSTAS EN LA INDIA MERIDIONAL.

POR UNA SARDINA.

(CUENTO.)

El tío Tabardillo,
Ciego que de pedir se mantenía,
A una taberna dirigióse un día,
Y díjole en la puerta al bazarillo:
— Entra; siempre vos da la tía Tomasa
Algo que manducar. — Entró el muchacho,
Y al salir dijo al ciego: — No está en casa.
— ¿Y no te han dado nada?

— No.

— ¿Ni un cacho

De sardina?

— Tampoco.

— Pues ya crea

Que hueles á sardina.

— ¿Yo?

— Sin duda

Te la has comido. —

Y era cierto: el chico

Quiso engañar al viejo, que tenía

El olfato muy fino; pero el viejo,

Zurrándole el pellejo,

— Me hueles á sardina — le decía.

— Mas sigueron andando,

Y al cruzar una calle,

El muchacho travieso

Guió tan mal al pobre Tabardillo,

Que en la esquina de enfrente se dió un beso.

Airado el ciego levantó el garrote;

Mas el chico dió á huir, y desde lejos

Le gritaba: — Tío zote,

Si dió usted la sardina,

¿Cómo se mismo no alió usted la esquina?

LUIS RIVERA.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

Los barberos lavan sus manos más á menudo que Pilatos.

JEROGLÍFICO.



La solución, en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Los Consumeros, cuadro de Gótzert.—Una Vuelta de
comiditas.—La Atrorri boreal.—Las Langostas en la India Meridional.—
Varios dibujos correspondientes á las novelas.—Jeroglífico.
Ejerc.—Kavahin el Testamento, por Buffon y Verri.—La Reina de los
Lagos.—Magna Horda.—Sin familia, Hector Madot.—Inglaterra
española en el Trío Sur, Moreno Puentes.—Un Cuadro de la
dramas por Stahl.—La Aurora boreal, por Bonnet.—Los Capu-
ceros.—La Vuelta de comiditas.—Las Langostas en la India
Meridional.—Por una sardina (cuento), por Luis Rivera.